

Karen Inglis

EL LAGO SECRETO

Ilustrado por Andrea Marquina

DESTINO



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. El jardinero

2. Bajo el montículo

3. Huida al alba

4. El lago secreto

5. Las niñas del jardín

6. El ladronzuelo

7. Los viajeros del túnel del tiempo

8. Incursión a la luz de la luna

9. El baile de los topos

10. Media vuelta

11. El rescate

12. Culpable

13. Una bienvenida inesperada

14. La pista olvidada

15. El té de las cinco

16. La siguiente visita

17. Desenmascarada

18. El final de la travesía

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Cuando Stella y su hermano pequeño, Tom, se mudan a su nueva casa, quedan muy intrigados por las constantes desapariciones de Harry, el pequeño perro de su vecino. ¿A dónde va? ¿Y por qué siempre regresa mojado?

De modo que deciden dedicar las vacaciones de verano a resolver este caso misterioso. En su investigación encuentran un túnel que los lleva a un lago secreto... y en el lago, ven a un chico que rema en una barca con aspecto de estar muy asustado. ¿De qué huye el chico? ¿Y de quién son las voces que salen del bosque?

Stella y Tom pronto descubrirán que no solo han encontrado un lago secreto si no que, ¡han viajado en el tiempo! Y aunque todo parece casual, en realidad nada lo es, y los descubrimientos que harán cambiarán muchas cosas importantes para el futuro...

Karen Inglis
EL LAGO
SECRETO
Ilustrado por Andrea Marquina

DESTINO

*Esta historia va dedicada a mi madre y a mi padre,
y a todos los niños a los que les encanta soñar*

Ven a jugar al jardín de la
imaginación, deja que las semillas de
tus sueños maduren y florezcan en
tierras lejanas y tiempos olvidados.

Londres, 2011



1

El jardinero

A Tom le ardía tanto la cara que estaba seguro de que le iba a explotar en cualquier momento. El sol del mediodía caía sin piedad sobre su espalda, y las gotas de sudor, que hacía ya un buen rato que habían aparecido en su frente, hicieron que le picase y le escociese la piel. Pero nada de esto impidió que siguiese cavando. Seguro que si continuaba encontraría una señal. Puede que un mechón suavísimo del pelaje de algún animalito. Quizás oyese un chillido lejano. O (¡y esto sería lo mejor que le podría pasar!) puede que viese un par de ojillos entrecerrados por la deslumbrante luz del día.

El chico paró un momento y se secó con el dorso de la muñeca el sudor que le resbalaba por la frente haciéndole cosquillas. A continuación, levantó la pala por lo que le pareció la centésima vez y, justo en ese momento, una sombra oscura se alzó tras él. Un escalofrío que ya le era familiar le recorrió la espalda mientras se daba la vuelta para encontrarse con la mirada penetrante de Charlie Green, el jardinero. Creyó que se le iba a salir el corazón del pecho.

—Mira, Tom Hawken, no es la primera vez que te lo aviso. Ya tengo bastantes problemas con buscar las malditas toperas para que tú encima vayas por ahí desenterrándomelas.

De pronto, Tom notó que le ardían las mejillas, algo un poco extraño teniendo en cuenta que se le había quedado el cuerpo helado. Si de algo no le cabía duda, era de que Charlie Green se la tenía jurada desde el mismo día en el que puso un pie en aquellos jardines. Siempre lo miraba como si fuese un bicho raro.

El jovencito intentó decir algo, pero, de buenas a primeras, la garganta se le quedó más seca que el desierto del Sáhara a mediodía, y no pudo emitir sonido alguno. Escapar de los problemas nunca había sido su punto fuerte; solo era experto en meterse en ellos.

El jardinero entrecerró los ojos para mirarlo de forma amenazante.

—¡La próxima vez voy a tener que decírselo a tu madre! —bramó—. Ahora, recoge tu trapo y aire.

El chico balbuceó algo mientras recogía el andrajoso pañuelo en el que envolvía sus tesoros. Menos mal que Charlie Green no se había percatado de todos los bulbos que había sacado de la tierra, y que ahora descansaban desperdigados entre los tesoros que había desenterrado: tres piedras muy bonitas, un trozo de cristal de botella verde y un monederito viejo y raído, que lo más seguro es que perteneciera a la muñeca de algún niño. Ya había planeado quedarse con las piedras y guardarlas en la caja que reposaba en la rejilla de la enorme chimenea de su cuarto, en la que se leía «Los tesoros subterráneos de Tom». Todo lo demás lo devolvería al lugar de donde había salido.

Para cuando el niño abrió de un empujón la portezuela que separaba el pequeño patio ajardinado de sus padres de los principales jardines comunitarios, Charlie Green ya había rellenado la topera y estaba cruzando el césped con paso airado en dirección a su cobertizo. Varios grupos de pequeños montículos de arena dispersos se extendían por todo el terreno: no había sido una buena semana para los topos de la zona oeste de Londres.



A Tom todavía se le aceleraba el corazón cada vez que subía a su dormitorio, en la primera planta de la casa. Después de la diminuta habitación que tenía en Hong Kong, en un apartamento en el décimo piso, ¡aquel lugar era un sueño hecho realidad! El techo se elevaba hasta llegar tan alto que le parecía que era su propio cielo a cubierto; las alargadas puertas acristaladas, que se erigían como rascacielos, daban a un luminoso balconcito; y en la pared del fondo había una preciosa chimenea de mármol que era más alta que él si cabe. Pero lo mejor de todo eran las vistas. Su nueva habitación se asomaba a un enorme jardín laberíntico que se extendía más allá de lo que sus ojos alcanzaban a ver. Aquel vergel, que compartían todas las casas de la urbanización, estaba plagado de conjuntos de azaleas y de robles que parecían estar siempre desperezándose y cuyas ramas rozaban las nubes que pasaban sobre ellas.

Tom espachurró la nariz contra el cristal de la puerta y respiró hondo. Todavía no se había sacado a Charlie Green de la cabeza. Entonces, a través de las nubes de vaho del cristal, vio a un perrito salir disparado de entre un grupo de árboles y cruzar el césped a toda prisa en dirección a las casas. La boca del niño se fue ensanchando hasta que se le dibujó una sonrisa en la cara.

—¡ES INCREÍBLE, STELL! —dijo a grito pelado—. ¡HARRY HA VUELTO!

Stella estaba en el dormitorio de al lado, tumbada en la cama y examinando su pulsera de la amistad, así que no respondió. La música salía de su iPhone a todo volumen, mientras ella se dedicaba a esperar que los amigos que había dejado en Hong Kong —que en aquel momento

estarían durmiendo— no se hubiesen olvidado de ella todavía. Casualmente, también se encontraba mordisqueando el quinto caramelo Polo de fruta —de lima, para ser más exactos— del día. Los de ese sabor siempre hacían que un cosquilleo le recorriese las orejas. «Tom se cree que estamos en el paraíso —acababa de escribirle a su mejor amiga, Hannah, por Facebook—. Pero esto es tan aburrido... ¡Solo hay toperas y chicos!»



La chica no se movió lo más mínimo. Y tampoco Tom, que en ese momento estaba asomado al balcón con medio cuerpo fuera y que corría el peligro de acabar cayéndose. Estaba decidido a ver si la anciana señora Moon saldría a la entrada de su casa para recibir al perro perdido. Pero claro que no lo haría. Después de todo, no era adivina y no podía saber el momento exacto en el que Harry decidiría volver a casa. Aunque no tuviese poderes psíquicos, todos los vecinos de la urbanización pensaban que la señora Moon estaba como una cabra. Por todas partes, había carteles colgados en los que se leía «Perro perdido», y volvía loco a todo el mundo con llamadas de teléfono cada vez que Harry se iba de casa, lo que solía durar varios días.

Hasta Tom se descubrió pensando en Harry mientras cavaba fuera. Las entradas y salidas del pequeño terrier de pelo largo parecían formar parte de la vida del jardín, igual que el gruñón Charlie Green, las toperas y, por supuesto, la chiflada anciana señora Moon. Pero ¿por qué el perro no dejaba de escaparse? Y ¿dónde iba exactamente? A la vez que los pensamientos sobre el jardinero se desvanecían con rapidez, el niño determinó que resolvería el misterio de Harry antes de que terminase el verano.





2

Bajo el montículo

—Me pregunto adónde habrá ido Harry esta vez —murmuró Stella.

El sonido de las teclas del piano que su madre estaba tocando flotaba en la brisa mañanera. Harry había pasado casi una semana desaparecido, y la señora Moon estaba fuera de sí —y, como resultado, casi todos los vecinos de la urbanización también—.

Los dos hermanos habían ido a sentarse a su colina de hierba favorita, «la Isla». La Isla la formaba un grupo de robles rodeado de azaleas que se erigía en el centro del jardín. La chica giró su pulsera de la amistad, el regalo que le había dado Hannah cuando se fueron de Hong Kong. «Ni el tiempo ni la distancia conseguirán romper nuestro vínculo», le había dicho su amiga en tono dramático cuando se la entregó. ¡Aquellas palabras habían ganado tanto significado!

—Me pregunto dónde irá Harry siempre —dijo Tom, mientras hurgaba en el césped del montículo con su pala.

—¡Estate quieto! —le espetó su hermana—. Como te pille Charlie Green, te va a...

—¡Ey! ¿Qué es eso?

Los ojos del niño se abrieron como platos mientras observaba el suelo que había entre sus piernas.

—¿Qué es qué?

Stella se inclinó mientras su hermano no paraba de lanzar tras él la hierba de la cima de la colina.

—¡Creo que es un tesoro de verdad! —gritó.

Lo cierto era que, a medida que Tom cavaba y se le salían los ojos de las órbitas, se podía atisbar bajo sus pies lo que parecía ser la tapa curva de una caja de madera; de un cofre del tesoro en toda regla.

Entonces, la chica apretó el brazo de su hermano con todas sus fuerzas.

—¡Ay! Suéltame, ¿quieres? —chilló.

—¡Chist! —le chistó Stella, que se puso en guardia y clavó la mirada en el paisaje que tenían delante.

Escucharon un crujido que provenía de las azaleas que tenían enfrente. Los dos chicos se quedaron petrificados como dos estatuas. Si Charlie Green aparecía en ese momento, estarían acabados para siempre.

—Habrá sido un pájaro —susurró Tom cuando por fin dejó escapar un suspiro de alivio.

Ya no se movía nada en el arbusto. Entonces, el niño bajó la mirada y continuó con su excavación.

—Es una caja. ¡Y tiene marcas en la tapa! —exclamó con la voz entrecortada.

Parecía que la cubierta curva del cofre del tesoro fuera infinita, y el agujero que Tom estaba cavando no dejaba de hacerse más y más grande.

En ese momento, los ojos de color azul pálido de Stella se abrieron enormemente.

—¡Tom! —musitó. No podía creerse lo que estaba viendo—. ¡No es una caja! ¡Es una barca!

—¿Una barca? —le preguntó el niño—. No puede ser una barca, tonta, ¡aquí no hay agua por ningún lado!

Al decir eso, la azalea de delante comenzó a temblar con fuerza. Esta vez sí que no tenían escapatoria; estaban seguros de haber oído el resuello de Charlie Green en alguna parte. Seguro que se estaba arrastrando por los matorrales para pillarlos por sorpresa.

Entonces, con un agudo crujido final, las hojas que se encontraban ante ellos se abrieron y en el claro apareció... Harry.

—¡Harry! —gritaron.

—¡Está empapado! —exclamó Stella.

El perrito miró un momento a los dos niños, se dio la vuelta en dirección a su casa y salió disparado.

—¡Harry! ¡Espera!

El chico salió corriendo tras él, pero ya era demasiado tarde. El animal atravesó las azaleas a la velocidad del rayo y cruzó el césped bañado por el sol. La señora Moon no lo sabía todavía, pero estaba a punto de llevarse una muy grata sorpresa.



—¡Tom, vuelve aquí!

El niño acababa de dar por terminada su persecución, a mitad de la extensión de césped, cuando oyó la voz de su madre resonar desde el otro lado del jardín.



—¡Tom, Stella! ¡Venga! ¡Nos vamos!

—Ayúdame con esto.

La muchacha estaba arrastrando un tronco por el césped para llevarlo hasta la colina.

—Si Charlie Green encuentra este desastre, ¡nos castigarán sin salir durante una semana!

El pequeño parecía abatido. Acababa de desenterrar el mayor tesoro de su carrera de excavador, y ahora le estaban diciendo que tenía que volver a cubirlo.

—¡Pero yo quiero sacar la barca! —protestó.

—¡No tenemos tiempo! ¡Vamos a ver a la abuela! —le dijo su hermana entre jadeos—. Rápido, cógelo por ese extremo.

Subieron hasta la cima del montículo de lado, arrastrando los pies, y soltaron el tronco allí.

Tom dio un paso atrás y le dio una patada al trozo de árbol por la frustración.

—Mira —le dijo Stella con decisión—, no tiene sentido hacer un drama de esto ahora. Mañana volveremos aquí y veremos si podemos descubrir de dónde ha salido Harry.

Al chico se le encogió toda la cara al fruncir el ceño, desconcertado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno —continuó la chica mientras abría el envoltorio de su golosina—, si hay una barca tiene que haber agua.

Después, se metió un caramelo Polo de naranja en la boca y levantó las cejas en una mueca de emoción.

—Creo que Harry sabe dónde está esa agua, ¡y tiene que ser en algún lugar de por aquí!





3

Huida al alba

Curiosamente, fue Stella quien tuvo problemas para dormir aquella noche. Tom, en cambio, cayó rendido en cuanto su cabeza tocó la almohada.

—¡Una barca! —repetía la chica sin parar—. ¿Cómo es posible que haya acabado ahí? Y ¿por qué Harry estaba empapado de la cabeza a las patas?

Estaba pensando en que lo primero que harían al día siguiente sería una buena excursión para explorar entre las azaleas, cuando la alertó el golpe sordo de algo metálico fuera. El reloj de su mesilla marcaba las cinco de la madrugada. Seguro que se había quedado dormida. Salió a rastras de la cama y fue hasta la ventana, sin dejar de pensar en Harry. El sol aún no había salido y el jardín se encontraba bañado por la neblina gris de las primeras horas de la mañana. No vio nada. Había sido un sueño, no cabía duda. Pero, entonces, cuando estaba a punto de volver a cerrar las cortinas, volvió a oír el eco metálico. Stella miró a la derecha. Le pareció que el ruido venía de aquella dirección. A aquel ruido le siguió un chirrido agudo y, a continuación, otro golpeteo metálico. En ese momento, a través de la tenue luz del amanecer, divisó a Harry trotando por el césped en dirección a la Isla. El golpeteo metálico lo debía haber hecho él mientras intentaba abrir a empujones la puerta del patio ajardinado de la señora Moon.

—¡Tom, corre! ¡Despierta! —Su hermana tiró de su pijama con todas sus fuerzas.

—¿Qué? ¿Dónde está el topo? ¡Suéltame!

—¡Oh, despierta, por favor! —le espetó Stella entre susurros.

El niño se incorporó. Estaba sudando como un pollo. Lo acababa de despertar de un sueño en el que un topo muy amable había empezado a atacarlo.

—¿Qué pasa? —masculló, mientras la cara de la chica se cernía sobre él en la oscuridad.

—¡Es Harry! Ha vuelto a escaparse... ¡Acabo de verlo!

Al escuchar aquello, Tom se incorporó como un resorte, pero se cayó al suelo al intentar levantarse de un salto de la cama.

—¡Vamos tras él! —gritó a la vez que se lanzaba a por su bata.

Unos segundos después, los dos hermanos ya habían llegado a las escaleras de la entrada.

—¡No hagas ruido! —articuló Stella, que le lanzó la misma mirada fulminante que usan los profesores.

Bajaron poco a poco, se pusieron las zapatillas de deporte y se escaparon entre el aire grisáceo de la mañana.

—¡Vamos, no tenemos mucho tiempo! —susurró la chica.

A continuación, agarró a su hermano de la mano, y los dos salieron corriendo por el césped húmedo en dirección a la Isla. Solo llevaban puestos los pijamas, las batas y las zapatillas.

—¡Jopé! ¡Lo hemos perdido! —exclamó la niña.

Estuvieron más de cinco minutos buscándolo por la Isla. Todo estaba en calma y no había ni rastro de Harry, pero, al menos, el tronco seguía donde lo habían dejado, lo que quería decir que Charlie Green no se había percatado de la excavación.



—Lo único que podemos hacer es volver a echar un vistazo cuando haya luz —concluyó Stella con un suspiro.

Luego, volvieron chapoteando por el césped. Las zapatillas de deporte se les empaparon con el rocío de la mañana.

Ya casi habían recorrido la mitad del camino cuando Tom vio algo con el rabillo del ojo. Miró a su derecha y, por un segundo, le pareció atisbar a través de la niebla dispersa de la mañana a un grupo de tres o cuatro topos corriendo en círculos por el césped. Pero en cuanto parpadeó habían desaparecido. La débil luz del alba estaba jugando con él. Helados y entre escalofríos, los dos chicos volvieron a la cama y se quedaron profundamente dormidos.



El sonido del teléfono irrumpió en la tranquilidad propia de las primeras horas de la mañana.

—Hola... Ay, no, señora Moon, vaya por Dios. Lo siento mucho. Sí, por supuesto, si lo vemos nos pondremos en contacto con usted. Claro. La llamaremos en cuanto sepamos algo. Adiós, señora Moon.

Tumbados en las camas de sus respectivos dormitorios, Tom y Stella escucharon la conversación de su madre y cayeron en la cuenta de que, después de todo, su excursión al alba no había sido ningún sueño y que debían reanudar la búsqueda de Harry en cuanto desayunaran.





4

El lago secreto

A eso de las diez de la mañana, Tom y Stella volvieron al montículo, preparados con sus fiambreras. Como siempre, la hermana mayor iba escuchando música con los auriculares de su iPhone, pero, además, había llevado una linterna de bolsillo para poder explorar dentro de los arbustos. Por primera vez en tres semanas, en su cara también se veía dibujada una sonrisa de oreja a oreja. Del cuello del niño colgaban los prismáticos rojos que le habían regalado por su cumpleaños, en una mano sujetaba la pala de cavar y en su bolsillo descansaba su pañuelo del tesoro.

—Vale, echemos un buen vistazo dentro de este arbusto —dijo Stella.

A continuación, se agachó y se adentró a gatas en la azalea de la que Harry había salido la mañana del día anterior.

Mientras tanto, Tom inspeccionó rápidamente el jardín con sus prismáticos para ver si Charlie Green se encontraba por los alrededores.

—¡No hay moros en la costa! ¡Voy a entrar! —gritó, pero, enseguida, divisó a lo lejos algo moviéndose bajo la sombra de un árbol.

¿Serían otra vez esos topos? Volvió a enfocar las lentes de los prismáticos para ver mejor. Allí no había nada.

—¡Creo que me estoy volviendo majareta! —susurró en un tono casi imperceptible.

Justo después, comenzó a gatear tras su hermana. No paraba de gritar «¡Ay!» cada pocos segundos, porque los prismáticos le golpeaban las rodillas.

—¡Tom, calla! —le gruñó la chica al escuchar el cuarto «¡Ay!»—. ¿Quieres que alguien nos oiga?

Mientras se adentraban a cuatro patas en el matorral, Stella encendió su diminuta linterna para iluminar con un hilo de luz la oscuridad que se extendía ante sus ojos. Nada. Solo había ramitas, hojas verdes y secas, ramilletes de flores mustias y (¡puaj!) bichos que huían de un lado a otro por el matorral. De pronto, unas hojas se le engancharon en el pelo y le dieron escalofríos.

—Tom, aquí no hay nada —concluyó, mientras intentaba deshacerse de los escarabajos imaginarios que le corrían por la cabeza—. Vamos a dar la vuelta.

El niño acababa de empezar a maniobrar para girar sobre sí mismo, lo que hizo que las ramitas le arañaran todo el cuerpo. En ese momento, el brazo derecho se le coló por un agujero tan profundo que, de pronto, se vio metido en el matorral hasta el hombro.

—¡Ey! —vociferó—. ¡He encontrado un agujero!

Stella volvió deprisa a gatas y tiró de él para sacarlo de allí. Cuando estuvieron a salvo, la chica apuntó a la abertura con la linterna, para examinarla. No se podían creer lo grande que era.

—¡Ostras, Tom, menos mal que no te has caído ahí! —musitó. Después, iluminó el tenebroso interior con la linterna—. Bueno, es demasiado grande para ser una conejera —añadió mientras movía el haz de luz arriba y abajo para iluminar el muro del agujero.



—¡Mira! —chilló el niño, de una forma tan repentina que los dos se cayeron de culo en el matorral.

Stella lanzó un suspiro de enfado, se inclinó hacia delante y mantuvo el haz de luz inmóvil sobre la pared de tierra. Para su sorpresa, vio perfectamente lo que Tom había avistado y ella había estado a punto de pasar por alto. Una oxidada escalera de metal anclada a la pared de barro descendía por el agujero.

—¿Crees que deberíamos bajar? —quiso saber el chico, después de que los dos pasaran un minuto mirando fijamente la escalera.

La chica no dijo nada. En lugar de eso, sacó un caramelo de lima.

—¿Tú crees que la barca cabrá por ahí debajo? —preguntó ella de pronto.

Los dos hermanos miraron el agujero una vez más.

—¡Se te ha ido la olla! —exclamó el niño.

Stella se metió el caramelo en la boca y sonrió en cuanto notó el hormigueo en las orejas.

—Bueno, pues supongo que tendremos que bajar sin ella, ¿no?



Como ella era la mayor y la más corpulenta, descendió en primer lugar. Iba aferrándose a los oxidados travesaños mientras sujetaba la linterna con los dientes. Su hermano bajaba tras ella, agarrando la pala como podía y sin atreverse a mirar abajo. Llevaba los prismáticos cruzados como si fuesen una bandolera.

—Tom, ¿estás bien?

El extraño susurro que produjo Stella por tener la linterna metida en la boca subió por el agujero con un eco siniestro, como si lo hubiese pronunciado un fantasma al que se le habían caído todos los dientes.

—¡Sí! —mintió él con un chillido.

La niña fue contando todos los travesaños que iba pisando mientras bajaba. Al llegar a los dieciocho paró, se sacó la linterna de la boca y llamó a su hermano:

—¡Ey, Tom! ¡Acabo de darme cuenta de que es imposible que Harry haya bajado solo por aquí!

—¡Yo estaba pensando lo mismo! —exclamó el chico—. ¡Es muy raro!

Entretanto, la muchacha bajó un pie, pero no notó que hubiese travesaños más abajo.

—¡Creo que hemos llegado al final! —gritó, sin dejar de estirar la pierna en la oscuridad como si fuese un tentáculo.

De pronto, tocó algo ancho y sólido con el pie, algo sobre lo que se podía apoyar. La niña apuntó con la linterna hacia abajo, y el hilillo de luz rebotó en lo que parecía ser la rama de un árbol. A continuación, se dio cuenta de que el muro del túnel que seguía al último travesaño de la escalera no era de barro, sino que parecía más bien la corteza de un árbol.

—¡Tom, me parece que hemos encontrado un árbol subterráneo! —gritó.

Con mucho cuidado, soltó el último barrote y se aferró a un par de bultitos que sobresalían de la corteza como si fuesen las enormes cabezas de unos clavos. Estiró el pie un poco más abajo y encontró otra rama sobre la que posarse.

Enseguida se dio cuenta de que había nódulos que sobresalían por todo el espacio que quedaba entre las ramas, de manera que era muy fácil seguir descendiendo.

—¡Sígueme, no pasa nada! —le dijo a su hermano.

Ninguno de los dos se dio cuenta, pero la oscuridad en la que estaban sumidos tomaba un tenue tono gris.

Solo habían bajado un poco cuando Stella volvió a parar.

—¡Tom, no me lo puedo creer! ¡Estamos saliendo afuera! —chilló.

Un montón de luz los iluminaba desde abajo. La claridad del día los bañó a medida que descendían por el tronco.

—¿Estamos en Australia? —aulló Tom con optimismo.

—¡Ni idea! —le contestó a gritos su hermana, que empezó a oír el canto de los pájaros.

La copa del árbol ya no era tan densa y, un momento después, los niños solo podían apoyar los pies y agarrarse en los bultitos del tronco. Parecía que el césped bañado por el sol que había debajo era bastante mullido, así que Stella salvó el par de metros que la separaban del suelo de un salto. A continuación, se puso de pie, se sacudió la tierra y las piedrecitas de las rodillas, y alzó la vista para ver el lago más bonito del mundo. Este se extendía ante sus ojos, rodeado de arbustos llenos de flores rosas carmesí.

¡Pum! Tom cayó a su lado, con prismáticos y pala incluidos.

—¡Te dije que había agua por aquí! —exclamó la chica en tono triunfante mientras le señalaba el lago.

—¡Stell, mira eso!

—¡Dios mío! —musitó.

Hacia la mitad del lago, un chico montado en una barca remaba a toda prisa en dirección a ellos. Stella tiró de los prismáticos de su hermano para poder mirar al muchacho más de cerca, con tanta fuerza que casi lo ahorca.

En un primer momento, el chico de la barca no se percató de su presencia, ya que estaba remando de espaldas a ellos. Sin embargo, cuando se acercó un poco más, se dio la vuelta y los vio. En cuanto tocó la orilla, se bajó de la embarcación y comenzó a tirar de ella para llevarla hasta donde se encontraba el árbol.



—¡Vosotros! ¡Echadme una manita con esto, porfa!

Tom y Stella, que hasta el momento solo habían sido capaces de observar al chico como dos pasmarotes, fueron obedientemente a ayudarlo a tirar de la barca, hasta que la dejaron debajo del árbol por el que habían bajado. Se les había comido la lengua el gato, y en todo ese proceso no pudieron apartar los ojos de la cara llena de barro del muchacho, del andrajoso traje marrón con los pantalones a media pierna, ni de los sucísimos botines de cordones.

—Eh, ¡ni se os ocurra chivaros! ¡Vosotros no me habéis visto! ¿Está clarito? —gruñó.

A pesar de la forma en la que se acababa de dirigir a ellos, parecía muy asustado. Los dos chicos negaron con la cabeza y se quedaron callados mientras el chiquillo se adentraba a toda prisa en el bosque que quedaba a sus espaldas.

—¿De dónde ha salido? —susurró el niño.

—Y lo que es más importante, ¿adónde va? —preguntó Stella—. ¿Has visto la ropa que lleva?

A Tom se le escapó una risita. Mientras tanto, su hermana observaba con atención la orilla del otro lado del lago, delante de los bosques, donde había un pequeño claro.

—¡Corre! ¡Dame los prismáticos!

El niño se los pasó y ella se los pegó a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Ah, no, no es nada —dijo la chica con la mirada perdida.

Pero, entonces, mientras le devolvía los prismáticos a su hermano, entornó los ojos para volver a mirar al otro lado del lago.

—Es raro, ¡pero juraría que he visto unos topos justo ahí!

—¡Qué tonta! ¡Los topos no salen de día! —le contestó Tom.

—¡Y los árboles no crecen bajo tierra! —replicó ella—. Bueno, venga, ¡crucemos a la otra orilla!





5

Las niñas del jardín

Deslizaron la barca suavemente por la orilla, y Stella la sujetó para que no se moviera mientras su hermano se subía a ella.

—¡Que cada uno lleve un remo! —ordenó mientras se montaba tras él.

Tom cogió el izquierdo y su hermana el derecho. Hacía poco que habían hecho una excursión familiar al lago de Hyde Park para dar un paseo en las barcas, y esta dio sus frutos, porque enseguida consiguieron remar al mismo ritmo.

—Stell, ¿tú dónde crees que estamos?

El niño estaba maravillado con los reflejos de intenso color carmesí que se formaban en la superficie del lago y que se hacían pedazos cada vez que los remos golpeaban el agua.

—No tengo ni la menor idea —le respondió—, ¡pero lo descubriremos enseguida! ¡Llevaba sin pasármelo tan bien desde el día que llegamos a Hong Kong! ¡Hannah no se lo va creer!

En todo el tiempo que estuvieron en la barca, Stella no dejó de mirar por encima del hombro la lejana orilla, que cada vez se acercaba más.

—¡Ya casi estamos!

Al cabo de un tiempo, los remos empezaron a resultarles más pesados. A dos metros de la orilla, pararon de remar y dejaron que la corriente empujase lentamente la barca. A la chica se le iba a salir el corazón por la boca cuando tocaron tierra firme y tiraron de la embarcación para sacarla del agua. Lo que hubiese más allá estaba oculto por un pequeño bosque, pero no

importaba, porque a sus oídos ya había llegado el sonido de las voces infantiles que la brisa había arrastrado hasta ellos. Un caminito estrecho se abría paso entre los árboles, pero ella decidió que lo más seguro era no atravesarlo.

—¡Sígueme!

Entonces, Stella irrumpió en el bosque como si fuera la sargento primera. Su hermano fue tras ella, con la pala pegada al pecho, preparado para el combate. Los dos chicos recibieron con alivio el frescor que les proporcionaron los árboles; estaban sudando como pollos, y Tom tenía la boca como la suela de un zapato. Chas, zas, crac. Siguieron caminando durante varios minutos, hasta que, al final, vieron ante ellos una cortina de luz que indicaba que ahí había un claro.

—¡Ya no queda nada! —susurró la chica.

—¡Tengo sed! —exclamó el niño.

—¡Chist!

Stella se paró en seco. El sonido de las voces de unas niñas charlando acababa de llegar flotando hasta ellos desde algún lugar más allá del claro que tenían delante. Frunció el ceño y luego señaló con la cabeza en dirección al sonido. Los dos chiquillos salieron a hurtadillas del bosque y se adentraron en la luz del sol, acompañados por el soniquete de la conversación.



—Ahí están las niñas... ¡por ahí! —musitó la chica a la vez que señalaba al otro lado de una azalea.

Tom se agachó junto a su hermana y miró a través del arbusto. Más allá de un grupo de troncos, divisó a dos niñas sentadas en el césped junto a una señorita que llevaba un sombrero atado a la barbilla. A juzgar por la forma tan extraña en la que iban vestidas las pequeñas, parecía que estuviesen de camino a una fiesta de disfraces.

—¡MIRA! ¡AHÍ ESTÁ HARRY! —gritó Tom, y se puso de pie de un salto.

En ese momento, vieron al perrito cruzar el césped como una bala para ir hacia donde se encontraban las chicas y la señorita.

—¡Ya estás aquí, Harry! —lo llamó la niña más pequeña.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó la mayor mientras miraba a su alrededor.

—¡Eres imbécil! ¡Nos han escuchado! —le espetó Stella entre susurros.

Al escuchar la voz de Tom, el perro pasó corriendo junto a las chicas y atravesó los árboles a toda velocidad mientras ladraba como loco.

—¡Harry! ¡Chico!

El niño intentó agarrarle la punta de la inquieta cola, uno de los juegos favoritos del perrito, y comenzó a pasarlo tan bien tratando de ser más rápido que él que no se dio cuenta del repentino silencio de su hermana.

—Eh, Stell, ¡ya hemos descubierto adónde va!

Tom levantó la vista, pero la chica no lo estaba escuchando. En lugar de eso, se encontraba frente a dos niñas ataviadas con unos vestidos de fiesta de color morado intenso, adornados con unos dibujos bordados alrededor del escote y un encaje blanco a la altura de la rodilla. Llevaban unos preciosos peinados con tirabuzones (rubios y morenos, respectivamente) que les caían hasta los hombros y que, además, llevaban unos lazos morados a juego con los vestidos. No podían apartar la mirada de Stella. Por contraste, la imagen de esta, con la camiseta azul cielo, los vaqueros pitillo tobilleros y las zapatillas de color azul intenso, les resultaba un poco desagradable.

Tom cogió una rama, la lanzó, y Harry volvió a echar a correr para ir tras ella.

—¿Quiénes sois? —les preguntó la niña más alta en un tono imponente y que denotaba impertinencia.

Estaba claro que ella era la mayor de las dos. Sus rizos rubios brillaban pomposos en el sol del mediodía.

—Y, lo que es más importante, ¿cómo conocéis a Harry?

Stella no le respondió. En lugar de eso, clavó los ojos en las medias negras de lana de las niñas y en los resplandecientes zapatos del mismo color. ¡Era muy raro que tuviesen que ir así vestidas para estar en el parque en un día como ese! A lo mejor eran de la realeza. Puede que fuesen unas princesas que se habían perdido o algo así.

De pronto, oyeron la voz de la mujer llamándolas.

—Sophie, Emma, ¡vuelvan enseguida! ¡Sean buenas chicas! Hemos de terminar la lección antes de la hora del té.

—¿La lección?! —exclamó Tom con indignación—. ¿Por qué tenéis clase durante las vacaciones del colegio?

—¡¿A qué te refieres, tonto?! —le espetó la niña rubia.



La morena, que parecía más amable, y por supuesto era su hermana, se acercó lentamente a ellos. Sus enormes ojos marrones brillaban con entusiasmo.

—Madre dice que cuanto más aprendamos ahora que somos jóvenes, mejor nos desenvolveremos en sociedad.

En ese momento, la azalea se sacudió con violencia y, a continuación, la señorita del sombrero irrumpió en el claro. El vestido verde oscuro de manga larga, que se arrastraba por el suelo como si fuese una cortina y que estrujaba la cintura de la mujer con tanta fuerza que daba la impresión de que no la dejaba respirar, atrajo las miradas de los niños como si fuese un imán.

—¡Dios mío! ¿A quiénes tenemos aquí? —preguntó en tono amable—. ¡Una chica con pantalones! ¡Y yo creía que ya lo había visto todo!

Tom frunció el ceño y se aferró a la pala con fuerza.

—¿Cómo os llamáis? —soltó la niña del pelo negro, y sonrió a Stella.

—Emma, querida, es de mala educación preguntarle el nombre a alguien sin presentarse primero —la reprendió la mujer.

—Lo siento, señorita Walker. —Luego volvió a mirar a la chica con una sonrisa amigable—. Mucho gusto. Mi nombre es Emma Gladstone y tengo diez años. Esta es mi hermana, Sophie. Ella tiene doce. ¿Podrían decirme cómo se llaman?

Stella se apartó de un manotazo un mechón rubio y despeinado de la cara. Estaba decidida a no dejar que se le notaran los nervios.

—Stella. Tengo once años. Y este es mi hermano, Tom. Él tiene ocho.

—¡Yo cumpliré once ya mismo! —exclamó Emma.

—¡En realidad te queda un mes! —le espetó su hermana con desdén.

—¡Ya es suficiente, Sophie! —la regañó la señorita Walker. A continuación, se puso en cuclillas delante de los dos niños—. Pero, queridos, ¿de dónde son? ¿Su padre o su madre han venido con ustedes?

Entonces, a Stella empezaron a arderle las mejillas y se le revolvió la barriga. Se agarró la muñeca derecha para tocar con el pulgar su pulsera de la amistad, pero no la tenía.

—¿Por qué lleváis una ropa tan rara? —les preguntó Sophie con impertinencia—. ¿Y qué es eso? —Y señaló el iPhone de Stella, que le asomaba por un bolsillo del pantalón.

La señorita Walker se puso de pie y se acercó a la joven.

—¡Sophie, esta es la última vez que le llamo la atención por su mala educación! ¡De verdad que lo último que deseo es tener que contárselo a su madre!

—¡Ya sé! —gritó Emma, que de pronto dio un salto de la emoción—. Vosotros sois los primos de Australia de mi mejor amiga, Lucy Cuthbertson, ¿no? Vuestro padre era el gobernador, ¿a que sí? ¡Me comentó que ibais a volver a mudaros aquí!

La niña los miró con los ojos llenos de esperanza, mientras todos hacían una pausa para reflexionar sobre lo que estaba pasando. Tom abrió la boca, pero, en ese momento, a Stella se le encendió la bombilla.

—¡Eso es! —intervino.

Acto seguido, le lanzó a su hermano una mirada tan asesina que el chico solo pudo tragarse sus palabras al instante.





6

El ladronzuelo

—¡Oh, vaya! ¡Qué emocionante! ¡Vengan a tomar algo fresco con nosotras! —los invitó la señorita Walker.

Tom se volvió a animar en cuanto escuchó hablar de bebida.

—No me cabe duda de que a las chicas les encantará que les cuenten todo sobre Australia. ¿Allí también tienen institutrices?

Todos comenzaron a caminar por el césped en fila india.

—¿Una institutriz? ¡Ah, claro!

Stella volvió a lanzarle otra mirada asesina a su hermano. El niño, que solo podía pensar en un zumo fresquito, asintió con expresión solemne.

Mientras ayudaban a la señorita Walker a trasladar la manta y la pila de libros encuadernados en cuero hasta la sombra de un árbol, Stella se sorprendió a sí misma observando inconscientemente la hilera de casas que se encontraba al otro lado de la extensión de hierba.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Sophie de pronto.

—¡Eh! ¡Esa es nuestra casa! —gritó Tom, y la señaló con el dedo.

—¿Qué dices? —continuó la niña—. Es nuestra casa.

Stella soltó una carcajada y enseguida negó con la cabeza.

—Tom, no seas tonto. ¡Nuestra casa está en Australia!

A continuación, apretó los dientes y miró a su pobre hermano de una forma tan temible que el chico casi se echa a llorar.

—¡Así que Australia! —La señorita Walker les sonrió mientras les pasaba unos vasos esféricos con zumo de frutas. Los había servido de una jarra que descansaba bajo el árbol—. ¿Cómo son las cosas por allí en realidad?

Tom bajó la mirada sin saber qué responder. Stella volvió a notar que le ardían las mejillas. Por mucho que lo intentara, lo único que le venía a la mente era la silueta de Australia, que le recordaba a la cabeza de un perro.

—Bueno... —titubeó.

En ese momento, la imagen de la Ópera de Sídney se coló en su mente, pero, justo entonces, oyeron unos gritos que venían del otro lado del césped, de la misma dirección de las casas. Todos alzaron la vista y vieron a un hombre, ataviado con un uniforme oscuro y un sombrero, correr hacia ellos. Lo seguía de cerca otro caballero con una camisa remangada y unos tirantes. Un poco más atrás iba una elegante señora rubia con una falda larga amarilla y una preciosa blusa blanca.

—¿Se encuentra bien, señorita? —jadeó el hombre uniformado a la vez que miraba a su alrededor.

La señorita Walker se puso de pie de golpe. Estaba un poco aturdida.

—Solo ha sido un ladrón más. Crawley, aquí presente, ha visto a un raterillo en el jardín, pero se le ha escapado. Al parecer se ha dado a la fuga con algo de plata. El monedero de la señora Gladstone también ha desaparecido, pero ella se encuentra bien —añadió el señor.

El caballero que se llamaba Crawley se acercó a ellos. Estaba sin aliento. En cuanto llegó, le lanzó una mirada suspicaz a Tom.

—Una buena paliza, ¿eso es lo que le voy a dar en cuanto lo pille!

A Tom se le formó un nudo en el estómago.

Al final, apareció la bella mujer.

—¡Sophie! ¡Emma! ¡Gracias a Dios que estáis bien!

—¡Mamá! —gritó la hija menor, que se puso a saltar, igual que su hermana.

Mientras la madre de las dos niñas estrechaba a sus hijas entre sus brazos, Stella observaba maravillada la falda fluida y el peinado tan elaborado que llevaba la mujer. El hombre del uniforme oscuro bajó la vista hasta Tom y su hermana, y después volvió a mirar a la señorita Walker.

—Perseguimos a un jovencito, más o menos de la edad de este.



Entonces, volvió a mirar a Tom. El niño tragó saliva con fuerza e intentó poner una cara angelical.

—Dios mío, ¿quiénes son estos chicos, señorita Walker? —preguntó la señora Gladstone e, inmediatamente después, dejó de abrazar a sus hijas.

—Son los primos de Australia de Lucy Cuthbertson, ¡y yo he sido la primera en adivinarlo! —le contestó Emma en tono triunfante—. Me dijo que iban a venir. ¡No sabía que llegarían tan pronto!

—¿Quién lo hubiera imaginado? ¡No he visto nada igual en mi vida! —dijo la señora Gladstone mirándolos por encima del hombro—. Si es así como visten los niños en Australia, lo único que puedo comentar al respecto es que...

—Oiga, siento interrumpirla, señora, pero si queremos capturar a ese ladrón...

—Ah, sí, por supuesto. Continúe, agente, por favor.

El policía —porque ya era obvio que esa era la profesión del hombre uniformado— se arrodilló.

—Bueno, esto es importante, sobre todo para vosotros, niños. —Entonces dedicó un momento a observar a cada uno de los chicos, como si estuviese intentando mirar dentro de sus cerebritos—. ¿Alguno de vosotros ha visto a un chico en los jardines durante la última hora? Tiene un aspecto un poco desaliñado. Y lleva unas ropas andrajosas de color marrón.

Tom se inclinó hacia delante, y estaba a punto de decir algo, cuando notó los dedos de su hermana clavándose en sus costillas. Todos negaron con la cabeza con expresión solemne a modo de respuesta, y el policía volvió a darles un repaso con la mirada.

—Parece que lo más probable es que se haya escapado —refunfuñó mientras se ponía de pie.

La señora Gladstone se recogió la falda y le lanzó una mirada petrificante a la señorita Walker.

—¡Niñas, me gustaría que entraseis en casa, por favor! —ordenó—. Nunca he hecho ningún comentario sobre estudiar en el jardín, pero no puedo permitir que estéis por ahí cuando un rufián anda merodeando por los terrenos.

A las niñas se les ensombreció el gesto. Y, por lo que Stella vio, a la señorita Walker también.

—Agente, cuento con que registrará la zona de forma exhaustiva... Dos veces. Crawley, vaya usted con él.

—Sí, señora. —E hizo una reverencia con la cabeza.

El policía le dedicó a la señora Gladstone una sonrisa glacial y, a continuación, se adentró en los jardines seguido por el otro hombre.

—Bueno, ¿a qué estáis esperando vosotros dos? —les espetó la señora Gladstone. Tom y Stella se levantaron de un salto—. ¡Vamos! Idos de aquí, volved a casa de Lucy. Y, si yo fuera vosotros, le pediría a esa madre que tiene que os prestase alguna ropa medio decente. ¡Desde luego no podéis dejaros ver por Londres vestidos de esa manera!

A continuación, Constance Gladstone se dio la vuelta y echó a andar por el césped con sus hijas y la institutriz trotando tras ella como cachorritos arrepentidos.





7

Los viajeros del túnel del tiempo

En cuanto estuvieron fuera de la vista de los demás, Tom se giró hacia su hermana. Tenía los ojos empañados en lágrimas de la frustración.

—¡Esa es nuestra casa! —dijo enfadado—. ¿Por qué has cogido y has dicho que vivimos en Australia? ¡Voy a chivarme a mamá!

Pero cuando intentó echar a correr, Stella lo agarró y tiró de él.

—Tom, escucha —dijo en tono firme—. Estás olvidando algo, ¿no crees? ¿Qué hay del lago? ¿Y del agujero por el que hemos bajado? ¿No lo ves?

El niño parecía desconcertado. La chica hizo una pausa para intentar explicárselo de forma que lo comprendiese y respiró hondo.

—Oye, mira, yo en realidad creo que esa es nuestra casa, pero, bueno... no en esta época. Verás, no me preguntes cómo, pero parece que el túnel que hemos encontrado nos ha traído a nuestro jardín, solo que en el pasado. ¡Por eso todo el mundo va vestido con ropa tan rara!

—¡Estás como una cabra! —opinó su hermano.

—¡No, no lo estoy! —le contestó ella—. Creo que la barca que desenterraste en nuestro jardín es de este tiempo. ¡Creo que es con la que hemos cruzado el lago hoy! ¡En nuestro jardín tuvo que haber un lago, pero se secó!

El niño, que había comenzado a astillar la corteza de un árbol con la pala, dejó lo que estaba haciendo y se giró lentamente hacia su hermana.

—¡Guau! —exclamó alegre. Sus ojos marrones casi habían doblado su tamaño—. ¿En realidad estamos en el pasado? ¡Cómo mola!

Después, le regaló a Stella una sonrisa de oreja a oreja.

Ella rodeó a Tom con el brazo y le plantó un beso en la mejilla mientras pensaba en lo fantástica que era aquella aventura.

—Venga, vámonos a casa. Ya volveremos en otro momento.

Unos segundos más tarde, estaban volviendo a través del bosque en dirección al lago mientras devoraban caramelos Polo de fruta y se reían de las faldas ridículamente largas de las señoras.

—Me pregunto qué le habrá pasado a Harry —dijo el niño, mientras deshacían sus pasos.

—Yo querría saber adónde ha ido el chico que hemos visto antes —añadió su hermana—. ¡Seguro que era el ladrón! —Y continuó comiéndose el caramelo, sumida en sus pensamientos.

Salieron a la margen del lago y, para la tranquilidad de Stella, la barca seguía allí. Tom se sentó frente a ella y, mientras la chica remaba, se puso a observar la otra orilla con los prismáticos. Le estaba entrando hambre, pero se habían dejado las fiambreras junto al tronco de la cima del montículo.

—Tú primero —le ordenó Stella.

Se encontraban ante el pie del árbol por el que habían bajado. La chica aupó a su hermano, y el niño enseguida se agarró a un nódulo y comenzó a trepar. Ella se adentró tras él en la sombra de las inmensas ramas.

—¿¿Dónde vais vosotros dos?! ¡¿También os están persiguiendo?! —vociferó alguien desde abajo.

Stella se llevó tal sobresalto que casi se le escurre el pie del nódulo en el que lo tenía apoyado. Acto seguido, se aferró con todas sus fuerzas al tronco del árbol y bajó la mirada para ver al desaliñado jovencito que la estaba observando desde abajo.

—¡Tom, no te pares! —gritó cuando volvió a mirar hacia arriba—. Es el chico que robó la plata... ¡Estarán viniendo tras él!

Automáticamente, el niño comenzó a trepar a toda prisa por la densa copa que se extendía sobre su cabeza. La chica lo seguía de cerca.

Subieron muy muy alto. Esperaban que en cualquier momento los envolviera la oscuridad del túnel, pero este no apareció. Lo único que veían era el cielo azul despejado que se filtraba por las últimas ramas que quedaban en lo alto de la copa.

A Stella se le cayó el alma a los pies.

—¡Tom, aquí no hay ningún túnel! ¡Será mejor que bajemos! —vociferó intentando que no se notase lo asustada que estaba.

¡Pum! La chica aterrizó al lado del muchacho, que estaba sentado con la espalda apoyada en una de las caras del árbol. ¡Pum! Después cayó Tom, con prismáticos y pala incluidos.

—Bueno —comenzó el chico, y les sonrió—, ¡parece que todos estamos metidos en problemas! —Hizo una pausa breve para echarles un vistazo de arriba abajo y, a continuación, puso la cara más rara posible—. ¿Pero qué son esas ropas que lleváis puestas? ¿Sois de un circo o qué?

—Nosotros no estamos metidos en problemas, ¡gracias! ¡Tú sí que lo estás! —le contestó Stella con aspereza.

No se fiaba ni un pelo de aquel ladrón, así que agarró el iPhone con todas sus fuerzas por si intentaba robárselo.

—Tengo hambre —dijo Tom—. Stell, ojalá nos hubiéramos traído las fiambreras.

—¡Aquí tienes, chaval! —El muchacho metió la mano en una bolsa de papel que tenía a su lado y sacó un trozo enorme de pan blanco.



—¿Cómo sabemos que no está envenenado? —le preguntó la joven—. Después de todo, eres un ladrón. ¡Ya nos lo han contado todo sobre ti en el jardín!

El chico lanzó un suspiro.

—¡Yo no he robado nada!

—¡Claro que sí! —le respondió ella—. ¡Te llevaste la plata! ¡Tienes suerte de que no te hayan arrestado!

El muchacho negó lentamente con la cabeza.

—Eso no es cierto —dijo con tono cansado.

Stella frunció el ceño y le lanzó una mirada suspicaz.

—Mirad, haced el favor de sentaros. Y deja que el chavalín coma algo. Aquí hay un montón de comida, y no podremos ir a ningún sitio hasta que se haga de noche. Por cierto, soy Jack. ¡Encantado de conoceros!

A pesar de todo lo que le habían contado sobre él, la niña no pudo evitar que le cayese bien después de todo. Tenía una sonrisa cariñosa, unos amables ojos marrones y, lo que era más importante, parecía preocuparse por Tom.

Enseguida se encontraron masticando el blandito pan blanco y escuchando el canto de los pájaros que estaban posados en los árboles.

—¿Y por qué dicen que has robado algo si no es verdad? —le preguntó Stella.

Jack volvió a negar lentamente con la cabeza y, a continuación, empezó a explicárselo todo. Que su padre, Jacob, fue uno de los constructores que levantaron las casas del jardín, y que después realizó varios trabajos de construcción para los Gladstone y para otras de las casas de la urbanización. Que, un día, después de que desapareciesen algunos objetos de plata de la casa, uno de los sirvientes lo acusó en falso de ser el ladrón y lo mandaron a la cárcel. Ya había quedado libre, pero al parecer ahora era un hombre desolado, al que nadie quería recomendar, y que se había quedado sin sus herramientas de trabajo porque las dejó en el sótano de los Gladstone. Finalmente, él, Jack, se había colado en la casa para intentar recuperar las herramientas de su padre y así poder ayudarlo.

—Para padre su trabajo es su vida —concluyó el chico—. Y no creo que pueda seguir mucho más tiempo sin uno. Se morirá de agotamiento mental o de hambre, seguro. Si no, acabaremos en el hospicio para gente pobre, y eso sí que no se lo deseo a nadie.

Los niños se quedaron en silencio. Stella se abrazó las rodillas y clavó la mirada en el suelo. Se sentía fatal por haber llamado ladrón a Jack.

—De todas formas —continuó—, cuando fui, ¡vi a Crawley robando la plata de la familia Gladstone!

Tom frunció el ceño con aire suspicaz.

—¿Ese hombre tan terrible que conocimos en el jardín?

—¿Viste a Crawley llevarse la plata? —le preguntó la chica.

—Sí, perfectamente —contestó Jack—. Mirad, acababa de colarme en la cocina por la puerta del jardín para ir al sótano, cuando oí que venía alguien. Subí a toda prisa por las escaleras de la parte de atrás y, justo entonces, apareció Crawley. Salía de una de las habitaciones y

actuaba de una forma muy extraña. Me pareció que llevaba algo debajo de la chaqueta. Él no me vio, pero salió corriendo al jardín. Lo vi con mis propios ojos desde la ventana del balcón de arriba.

Después, Jack les describió cómo fue hasta el jardín en busca de Crawley y cómo, a los pocos minutos, la mitad de la casa lo estaba persiguiendo y llamándolo ladrón.

—¿Cómo conseguiste escapar? —le preguntó Tom, que tenía los ojos cada vez más abiertos.

A Jack se le dibujó una sonrisa en la cara poco a poco.

—¡Esa sí que es una buena historia! Estaba corriendo en dirección al bosque cuando de pronto vi los topos de los que me había hablado mi padre. ¡Y os juro que justo en ese momento esa gente dejó de perseguirme! Creyeron que me había escapado, ¡pero solo estaba unos metros más adelante! Entonces fue cuando tomé la decisión de cruzar en la barca para ir a la orilla segura.

—¿Topos? ¿Qué tienen ellos que ver con todo esto? —quiso saber Stella, y frunció el ceño.

—No estoy seguro —le contestó el niño—. Pero sé que son especiales. —Se incorporó un poco y sonrió lleno de orgullo—. Padre fue el que los descubrió el día que empezó a preparar esos terrenos de allí para la construcción. Todo estaba cubierto de niebla. Entonces, a poco más de cuatro metros, vio aparecer de la nada a los topos, que estaban correteando en círculos junto a una arboleda.

Tom y Stella observaban a Jack sin poder creérselo.

El chico continuó:

—Por supuesto, cuando padre se lo contó al resto, le dijeron que estaba loco. Los topos no salen durante el día ni nada por el estilo. ¡Y desde luego tampoco corren en círculos! Todo el mundo se burló de él, pero él estaba seguro de que aquello era algo especial. Los volvió a ver justo cuando los Gladstone le dieron la patada.

—Jack, ¡yo también he visto a los topos! —exclamó la niña emocionada—. Los vi con los prismáticos de Tom cuando bajamos del árbol. ¡Creía que me los había imaginado!

—Y yo los vi en nuestro jardín la primera vez que salimos en busca de Harry —añadió su hermano en tono cantarín—. Y ¡justo antes de que encontrásemos el túnel! ¡Stell, yo creía que estaba soñando!

Jack parecía confuso.

—¿Vuestro jardín? ¿Un túnel? ¿De qué estáis hablando?

Stella dudó un momento y luego respiró hondo. No sabía por qué, pero estaba segura de que podía confiar en ese chico.

—Jack, es un poco difícil de explicar —comenzó—, y yo no comprendo del todo lo que ha pasado, pero, bueno... Verás, Tom y yo no somos de esta época. Venimos del futuro, del siguiente siglo para ser exactos, y vivimos en la casa de la familia Gladstone.

El niño abrió la boca para decir algo, pero las palabras habían comenzado a salir en estampida de la boca de la niña:

—Ah, aunque ya no es una casa. La han dividido en apartamentos. Nosotros vivimos en la planta baja y el entresuelo, pero seguimos teniendo el jardín comunitario, o sea, sin el lago. En nuestra época está seco por completo.

Después le dedicó a Jack una sonrisa de oreja a oreja, con la esperanza de que le ayudase a amortiguar el golpe.

—¿Os burláis de mí o qué? —dijo el chico, y la miró con desconfianza.

—Stell dice la verdad —intervino Tom en tono impaciente—. ¡Cuando fuimos a buscar al perro de nuestra vecina, encontramos un túnel con una escalera que nos trajo hasta aquí! ¡Y justo antes había visto unos topos!

Jack se sentó y continuó negando con la cabeza.

—¡Eh! ¿Y si los topos hicieron aparecer el túnel? —preguntó Stella de pronto—. En realidad, tiene sentido, ¿no? Los topos cavan madrigueras, ¿no? ¡Jack, tu padre tiene que tener razón! ¡Son especiales!

—¡Caramba! —exclamó el chico, que seguía negando con la cabeza, pero había comenzado a sonreír—. ¡Después de esto nada volverá a sorprenderme! ¡Muchachos viajando al pasado por un túnel del tiempo! ¡No puedo esperar a ver la cara que pondrá padre cuando se lo cuente!

Tom tenía una sonrisa de oreja a oreja, pero, de pronto, su hermana parecía haberse puesto seria y empezó a revolverse en su sitio, nerviosa.

—Aunque solo hay un pequeño problema —dijo—. El túnel ha desaparecido, por eso hemos tenido que volver a bajar. —Se puso el pelo detrás de las orejas y clavó los ojos en sus pies—. Supongo que solo podemos esperar a que los topos se manifiesten otra vez para que el túnel vuelva a aparecer, ¿no?

En realidad, a Stella la aterraba que los topos no volviesen nunca más y que su hermano y ella se quedasen atrapados para siempre en el pasado, aunque no pensaba decirlo en voz alta.

—Pues así será —le contestó Jack al momento—. Así será. —Dio la impresión de que estaba sintiendo el miedo de la chica—. Y viendo que esos topos cuidaron de mí, no me cabe duda de que también cuidarán de vosotros. Sea como sea, me quedaré aquí, a vuestro lado, esperando a que aparezcan. ¡No tengo ninguna prisa por volver!

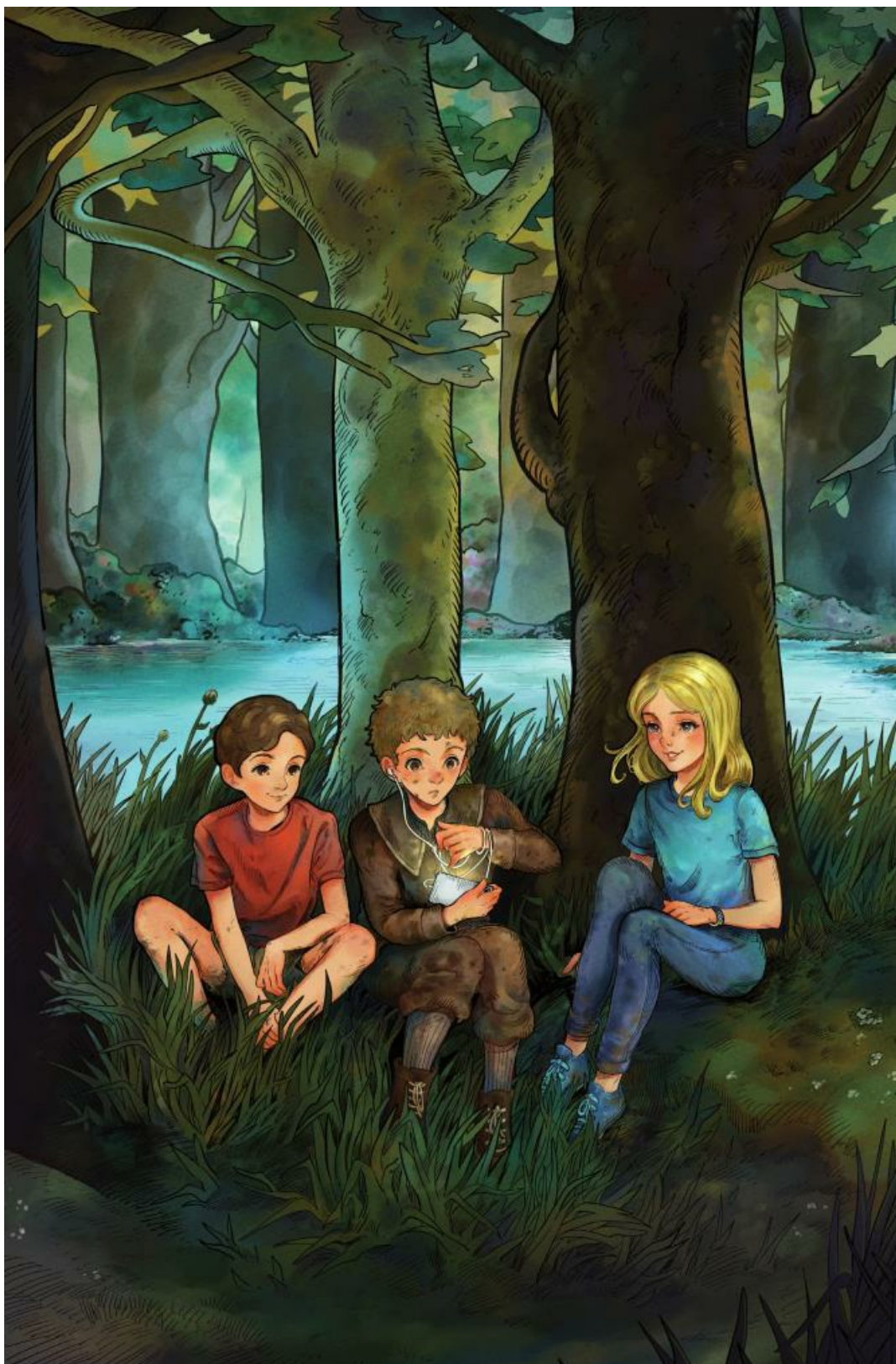
La sonrisa volvió a dibujarse en la cara de Stella. Se había quitado un peso de encima.

El chico se inclinó hacia ella con los ojos puestos en su iPhone.

—Y, mientras esperamos..., ¿qué es esa cosa que te asoma del bolsillo?

—Toma, pruébalo.

La niña puso música y se lo pasó. Cuando metió los auriculares en los oídos del muchacho, su cara manchada de marrón se iluminó con deleite.



—¡Caramba! —gritó—. ¿Tienes a gente ahí metida o qué? ¿Cómo se hace si no?

Los ojos se le abrieron más y más de la incredulidad a la vez que la mandíbula se le descolgaba poco a poco. Y, mientras el sol por fin comenzaba a esconderse tras los árboles, Stella y Tom se partían de risa.





8

Incursión a la luz de la luna

Unas dos horas después, la luz se desvanecía rápidamente. Tom se había quedado dormido bajo el árbol, y Jack y Stella pasaron el rato tumbados en la orilla del lago y describiendo cómo era la vida en la época de cada uno. También se acabaron el último caramelo que le quedaba a la chica.

—Más vale que los topos aparezcan pronto —dijo ella en tono ansioso.

—Ya te lo he dicho, yo me quedaré con vosotros hasta que pase —le respondió Jack—. Pero tendremos que ir a buscar provisiones si no llegan antes del anochecer. No contaba con gastar todo mi pan, y el pequeñajo va a necesitar comer algo más dentro de poco.

A Stella se le aceleró el corazón.

—¿A la casa? —susurró.

—¡Claro!

El chico se metió la mano en el botín y sacó una llave enorme.

—¡Guau! ¿De dónde has sacado eso? —le preguntó la niña.

—Puede que se la pidiese prestada a padre —le contestó Jack con una sonrisa de oreja a oreja—. Es la llave de la puerta trasera de la cocina. Gladstone olvidó pedirle que se la devolviera cuando lo echó, ¡y desde ahí se llega al sótano, donde están las herramientas! —Acto seguido, soltó una risilla por lo bajini—. En fin, ¡estoy seguro de que podemos salir de la cocina con los bolsillos a rebosar!

Stella le respondió con otra sonrisa. La confianza que Jack tenía en sí mismo era tranquilizadora, y consiguió que todas sus preocupaciones sobre quedarse atrapados en el pasado se desvanecieran.

—¿Podemos ir a ver mi habitación? —quiso saber Tom, que cuando se despertó estaba emocionadísimo.

Jack soltó una estridente carcajada.

—¡Ni de broma! —concluyó, y negó con la cabeza.

El reloj de Stella marcaba exactamente la una y media cuando cruzaron el lago a remo, bajo la luz de la luna llena. Fuese la hora que fuese allí, la niña llegó a la conclusión de que lo más seguro es que fuese la una y media del mediodía en casa: desde luego no estaba nada cansada y su estómago acababa de empezar a rugir. La barca se acercó lentamente a la orilla y, cuando se adentraron en el bosque, encendió su linterna naranja. Jack se pasó cinco minutos examinándola desde todos los ángulos posibles e iluminando los árboles de los alrededores.

—¡Vaya farolillo tan sofisticado! —exclamó con una amplia sonrisa—. ¡Estoy seguro de que es la primera vez que veo algo así!

—¡Puedes quedártelo cuando nos vayamos! —le aseguró Stella.

La niña estrujó la mano de su hermano cuando se acercaron al enorme portón que, en su piso, era una puerta doble con cristal que llevaba de la sala de estar al patio ajardinado. Jack se sacó la llave del botín y, unos segundos después, entraron a hurtadillas en la casa.

Stella volvió a encender la linterna y, entonces, iluminó lo que para nada era una sala de estar, sino una cocina gigantesca. El pequeño haz de luz recorrió lentamente la habitación para mostrarles una chimenea colosal repleta de troncos apilados. Un juego de jarras y teteras descansaba sobre el hogar. Junto a este, había una enorme cocina de hierro con dos fogones y, al otro lado de la sala, se encontraban dos pilas rectangulares, con un grifo en cada una. En el centro se asentaba una larga mesa de madera de pino y, del techo, colgaban tantas cacerolas y sartenes que aquello parecía más una tienda de menaje que una cocina.

Los dos hermanos se quedaron sin palabras.

—¡Por aquí! —les susurró Jack con apremio.

Luego, abrió una puerta de madera maciza al fondo de la sala, que conducía a una gigantesca despensa, la cual parecía estar invitándolos a pasar.

—Aquí es donde guardan la comida. Servíos vosotros mismos, ¡pero no os durmáis en los laureles!

Los ojos hambrientos de Tom se estaban dando un festín con una enorme tarta de fruta a la que le faltaban un par de trozos.

—¡Vamos, coge un poco! —le dijo Jack, y señaló el dulce con la cabeza.

El niño se acercó a la tarta, cogió un pedazo y se lo metió en la boca. Mientras tanto, Stella encontró un trocito de queso debajo de un plato y un poco más de pan en una cesta de mimbre. Le dio un bocado al queso y envolvió el resto con el pañuelo del tesoro de su hermano. En ese momento, Jack se metió varias manzanas y algunas peras en los bolsillos.

—¡Ya está! —musitó de pronto—. ¡Vámonos!

Pero Tom, que ya se había llenado el estómago, tenía otros planes.

—¡Yo no me voy hasta que no haya visto mi cuarto! —murmuró en tono decidido.

Stella posó el haz de luz de la linterna sobre él y le dedicó una mirada de desagrado.

—Tom —susurró enfadada—, ¿quieres que nos pillen?

—¡Me da igual! —masculló.

Al verlo con los brazos cruzados, la mirada de determinación y los pies plantados en el suelo, su hermana supo que aquella era una causa perdida.

—Jack, ¿podemos ir a enseñárselo? —le pidió en voz baja—. No se moverá hasta que no le digamos que sí.

El muchacho negó con la cabeza y se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Tu hermano el renacuajo tiene carácter. ¡Me gusta! ¡Vamos, pues, pero no hagáis ruido!

Jack los llevó por una puerta que ni Tom ni Stella pudieron ubicar en su casa, pero enseguida se encontraron subiendo una escalera que llevaba a la puerta de entrada y que sí que les resultaba familiar. Unos cuadros enmarcados en madera maciza, cuya temática se escapaba al entendimiento de la niña, adornaban las paredes del recibidor principal. A continuación, su guía se dirigió hacia otras escaleras que no fue capaz de reconocer. Stella salió corriendo, le tiró de la manga y señaló la puerta que había a uno de los lados.

—¡Eso no es un dormitorio! —susurró él.

La chica asintió enérgicamente y luego señaló a Tom. Jack frunció el ceño sin entender nada. La puerta estaba entreabierta y emitió un crujido tan fuerte cuando la empujaron que los tres se quedaron petrificados. No escucharon ningún ruido, exceptuando el sonido hueco del tictac de un reloj, que se encontraba en algún punto del pasillo de la planta de arriba.

Entraron a hurtadillas, y Stella encendió la linterna. A Tom se le desenchajó la mandíbula en cuanto se iluminó la sala. En realidad, su habitación era un comedor —¡uno que podría pertenecer a un palacio!—. En el centro, que abarcaba el ancho de los dormitorios de los dos niños, había una mesa gigantesca de madera de caoba con tres conjuntos de candelabros de plata espaciados uniformemente entre sí para formar una línea en el medio. A su alrededor había unas veinte sillas de respaldo alto tapizadas con terciopelo carmesí y, del techo, colgaba una enorme lámpara de araña que resplandecía silenciosamente a la luz de la luna, que se filtraba por las persianas. Un enorme espejo rodeado por un elaborado marco dorado colgaba sobre lo que, claramente, era su chimenea. El resto de las paredes estaban decoradas con unos retratos gigantescos de la familia Gladstone, que los observaban con desprecio.

—¡Mirad ahí! —susurró Stella, y se tapó la boca con la mano para intentar contener la risita.

Tom miró al otro lado del comedor y vio un retrato de una niña con un cachorro cogido en su regazo. En la plaquita de la parte de abajo se leía: «E. M. Gladstone».

—¡Son Emma y Harry! —musitó el niño.

Los dos hermanos acababan de terminar su sigiloso paseo por la sala cuando oyeron un tablón del suelo crujir a lo lejos. Stella apagó la linterna enseguida.

—¡Vamos! —murmuró Jack, y se volvió hacia la puerta.

Pero ya era demasiado tarde. Los pasos cruzaron el pasillo de la planta de arriba a toda prisa y se dirigieron al final de las escaleras. El muchacho miró a su alrededor, desesperado, hasta que sus ojos se toparon con la chimenea.

—¡Subid por ahí! —les ordenó en voz baja, y atravesó la habitación a la velocidad del rayo—.

¡Hacedme caso y ni se os ocurra abrir el pico!

Luego, agachó la cabeza y la metió por la boca de la chimenea. Tom y Stella hicieron lo mismo.

—Palpad la parte de arriba. Hay un saliente. Agarraos a él y subid los pies a los ladrillos que sobresalen del muro. Yo ayudo al pequeño.

La chica alargó el brazo, se aferró al saliente y se impulsó para subir por la campana de la chimenea y colocar los pies en los ladrillos salientes, a la altura justa para que no la vieran. Mientras tanto, Jack aupó a Tom para que subiera y, en un abrir y cerrar de ojos, los tres se encontraron enganchados al oscuro conducto de la chimenea. De pronto, se vieron cubiertos por unas nubes de hollín.

Los pasos se acercaban cada vez más mientras observaban la tenue luz que se colaba en el hogar que quedaba bajo sus pies. Esta fue perdiendo intensidad poco a poco, antes de desvanecerse lentamente junto con el sonido de las pisadas.

—¡Caramba! ¡Ha ido a la planta de abajo! —musitó el muchacho—. Vamos a tener que esperar aquí hasta que vuelva a subir. ¡Y como haya bajado a picar algo sí que estamos acabados!

Fuese quien fuese la persona que estaba en la planta baja, se tomó su tiempo para hacer lo que estuviese haciendo. Stella, aburrida de esperar, encendió la linterna y casi consiguió que todos se cayeran de su escondite.

—Esta es una de las chimeneas de padre. El trabajo de albañilería es precioso, ¿verdad? —susurró Jack lleno de orgullo. La chica iluminó el estrecho conducto de la salida de humos—. ¡Apunta ahí con la luz, por favor! —Ella lo obedeció—. ¡Ahí está! La «J» de Jacob. Esa es la firma de padre. Siempre la pone en el mismo sitio.

Tom, siempre tan reflexivo, tuvo una idea:

—¿Puedo escribir mi nombre ahí? —preguntó en voz baja y lleno de ilusión.

—¡Este niño es muy listo! ¡Sí, señor! ¡Usa esto! Jack sacó la llave de la casa y se la dio. A continuación, el chiquillo arañó los ladrillos con todas sus fuerzas y, en un santiamén, había grabado una «T» un poco torcida.

—¡Viene alguien! —murmuró Stella, que pulsó el botón de la linterna para volver a apagarla.

Tom se deslizó la llave en el bolsillo y volvió a aferrarse al saliente. Los tres niños echaron un vistazo abajo con la respiración contenida, mientras una luz naranja volvía a inundar el hogar. De pronto, el pequeño se puso a sudar. No estaba seguro de poder aguantar ahí enganchado mucho más. Tenía el pelo, las pestañas y la nariz, que además acababa de empezar a picarle, cubiertos de hollín. Iba a estornudar. Ya había comenzado a soltarse poco a poco, aunque estaba decidido a no ser él el que decepcionase a los demás. Luego, sintió un último picor de nariz y...



—¡Lucy! ¡Stella! ¡Tom! ¿Estáis aquí? —El susurro impaciente de una niña atravesó la oscuridad.

El estornudo del pequeño se desvaneció justo cuando perdió el pie y se soltó del saliente. ¡Pum!

Cayó de bruces en el hogar y, delante de sus narices, apareció un piececito rosa. A continuación, sacó lentamente la cabeza para descubrir que el pie pertenecía a Emma.

—¡Tom! —musitó sorprendida, y protegió la llama de la vela con la mano—. ¿Qué haces subido dentro de nuestra chimenea?

El niño salió gateando entre unas nubes de hollín negro, que no tardaron en posarse en el largo camisón blanco de la chiquilla. Emma le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Stella también está aquí! —murmuró emocionado—. ¡Y Jack!

—¿Jack?

En ese momento, cuatro pies aterrizaron en el hogar. Dos llevaban unas zapatillas de color azul intenso, y los otros dos los cubrían unos andrajosos botines con cordones de color marrón.

—¡Este es Jack! —le dijo Tom mientras señalaba los botines y se le escapaba una risita.

Los dos muchachos se agacharon y salieron de la chimenea cubiertos de hollín. Emma dio un paso atrás y la vela comenzó a titilar violentamente.

—¡Es el chico que nos robó! —chilló—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y qué estás haciendo con los primos de Lucy? Te has llevado nuestra plata... y el precioso monedero de mamá, ¡eres un niño muy malo!

—Emma, no es lo que parece —le susurró Stella con amabilidad—. Hemos venido a por comida. Por favor, déjame que te explique lo de Jack.

—¿Cómo has sabido que estábamos aquí? —quiso saber Tom, y frunció el ceño.

La niña sonrió llena de orgullo.

—¡Obviamente os he visto venir por el césped! Y, por cierto, te has dejado los prismáticos en la mesa de abajo, ¡tontorrón!

Tom tragó saliva y clavó la mirada en sus zapatos.

—Sea como sea —continuó la chica, y se puso muy recta—, si hubiese sabido que habíais venido con el ladrón, habría despertado a madre y a padre. ¡Creía que habíais venido con vuestra prima Lucy para una cacería de topos!

—¡Caramba! ¡Tú también sabes lo de los topos! —soltó Jack.

La jovencita le lanzó una mirada nerviosa.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo? —le preguntó en tono impertinente.

—Emma —susurró Stella—, todos sabemos lo de los topos. ¿Tú sabes que tienen poderes especiales?

La niña frunció el ceño y les dedicó una mirada suspicaz.

—Mira, Emma, en realidad Tom y yo no venimos de Australia, ¡sino de otra época! Y Jack no le ha robado nada a tu familia, ¡ha sido Crawley!

La llama de la vela de la chiquilla volvió a titilar con fuerza. Luego, los ojos se le abrieron como platos lentamente. Abrió la boca y respiró todo lo hondo que pudo, mientras Stella, Tom y Jack esperaban petrificados a que se pusiese a gritar.



9

El baile de los topos

—¡Lo sabía! —chilló—. ¡Lo sabía! Le dije a Lucy que los topos tenían poderes especiales, ¡pero no me creyó! También me alegro de haberme enterado de que no eres un ladrón, Jack, ¡si no, tendría que haber llamado a padre! —La niña le dedicó una sonrisa tierna y, a continuación, se recogió el camión—. Pero, rápido. Lo mejor será que os saque de aquí. Puede que padre se levante ¡y está todo manchado de hollín!

El reloj de Stella marcaba las dos pasadas cuando salieron a la luz de la luna. Emma se había puesto un par de botas altas y se había colocado un abrigo, que parecía ser extremadamente refinado, encima del camión.

—Contadme más cosas sobre los topos —les pidió, y se peinó hacia atrás con los dedos los tirabuzones negros mientras cruzaban el césped a buen ritmo y se dirigían a la arboleda.

—Bueno, ¿tú qué sabes?

—No mucho, solo que los he visto muchísimas noches desde la ventana de mi dormitorio corriendo en círculos a la luz de la luna. Al principio creí que estaba soñando, pero al final le hablé a Lucy de ellos y planeamos ir a cazarlos esta noche, aunque a ella se le ha olvidado, por supuesto. ¡Dios, qué tonta es!

Luego, los cuatro se sentaron al pie de un árbol que no se veía desde las casas y comenzaron a comerse la comida. Entre todos, le contaron a Emma lo del túnel del tiempo, que al padre de Jack lo acusaron erróneamente y que, cuando el niño fue a recoger sus herramientas, vio a Crawley actuando de manera sospechosa en la salita.

—Santo cielo, Jack. Lo siento. Padre puede llegar a ser un hombre tan terrible. Así que ¿crees que Crawley se llevó la plata? —El chico asintió con aire de gravedad, y la chica frunció mucho el ceño—. ¿Sabes? A mí siempre me dio la impresión de que tenía algo raro. Se lo dije a Sophie, pero, como siempre, me contestó que eso no era más que el resultado de mi imaginación infantil. ¡Mi hermana puede ser tan aburrida algunas veces! —Y negó con la cabeza en tono de desaprobación.

—¡No te preocupes por lo que te diga tu hermana! —exclamó Jack, y soltó una carcajada—. ¡Está claro que no forma parte del pequeño grupo de los elegidos!

—¿Qué quieres decir? —Y le lanzó al muchacho una mirada de desconcierto.

—Bueno —comenzó él—, parece que los topos solo se aparecen a algunas personas... ¡Y me da la impresión de que nosotros somos los más especiales de por aquí!

—¡Seguro que también se le han aparecido a Harry! —intervino Tom.

—¿Qué tiene que ver él con esto? —preguntó enseguida Emma.

—¡Todo! —le dijo Stella con una sonrisa—. ¡En primer lugar, no habríamos llegado hasta aquí si no llega a ser por él!

—¿Mi Harry? —quiso saber la niña mientras se recostaba en el tronco.

—Emma, ¿Harry ha desaparecido alguna vez? —le preguntó Stella, masticando las palabras.

A la chiquilla se le iluminó la cara de inmediato.

—Ah, ¡todo el tiempo! A mamá le resulta muy agotador, pero siempre vuelve. ¡Nunca falla! ¡Mi queridísimo Harry! ¡Estamos hechos el uno para el otro!

De pronto, Stella se puso de rodillas.

—¡Mirad! ¡Ahí! —susurró.

Todos se giraron y se asomaron al césped.

Un grupo de cuatro topos daba vueltas y vueltas a toda prisa formando un círculo a la luz plateada de la luna. Los chicos se quedaron traspuestos mientras los animales continuaron con su ritual, que duró aproximadamente un minuto, y se desvanecieron delante de sus narices.

—Esperemos que esto signifique que el túnel ya está preparado —dijo Jack enseguida—. Deberíamos ponernos en marcha. Yo os cruzaré en la barca.

Acto seguido, se pusieron en pie de un salto.



Emma miró más allá de la extensión de hierba, hacia las casas, y un segundo después volvió la vista hacia los chicos.

—¡Yo voy con vosotros! —exclamó con determinación—. ¡Con Lucy o sin ella!

—¡Perfecto! —le contestó Stella—. ¡Y yo les diré a mis padres que eres la sobrina de Australia de algún vecino y que has venido a pasar el día de visita!

De pronto, la niña se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos tener una amiga de verdad en su nuevo hogar. A lo mejor Emma podía ayudarla a ocupar ese vacío; y podían ir y venir de visita.

En ese momento, se oyó un portazo que venía de las casas. Unos segundos después, unas voces masculinas y el crujido de las hojas secas aplastadas resonaron por todo el jardín.

—¡Emma! ¡Emma! ¿Dónde estás? ¿Estás ahí? ¡Crawley, tú ve por allí!

—¡Es padre! —exclamó la niña con expresión aterrada—. ¡Rápido! ¡Tenéis que ir!

De inmediato, Tom se dio la vuelta y comenzó a correr en dirección al bosque.

—¡Emma, cariño! ¿Estás ahí? —los gritos ansiosos de la señora Gladstone se unieron al coro de voces.

—¡Vamos, Stella, tenemos que irnos! —le gritó Jack.

—¡Corre, Stella! ¡Vete! —La voz de Emma se estremeció a la vez que los ojos se le llenaban de lágrimas—. ¡Ya voy, papá! —gritó sin moverse—. ¡Solo ha sido Harry!

—¡Vámonos, Stella! —le pidió de nuevo Jack. Pero la chica tenía los ojos clavados en los de su amiga. ¿Su aventura iba a terminar tan pronto?—. ¡Vamos, por favor! ¡El túnel no va a esperar para siempre!

Jack ya estaba tirando de la manga de Stella y, entonces, mientras sus palabras resonaban en los oídos de la niña, ella se descubrió observando a una figura masculina muy alta que corría a cámara lenta por el césped en dirección a Emma y a ellos.

—¡Vete! ¡Yo lo despistaré! —gritó el muchacho.

Antes de que la niña pudiese reaccionar, el chico pasó junto a ella con un empujón y salió al paso de Henry Gladstone.

—¡Es el chico! —rugió el hombre—. ¡Voy tras él! ¡Emma está aquí!

Stella giró la cabeza para mirar a la muchacha.

—¡Encontrad el túnel! ¡Volved a visitarnos! —le susurró, a punto de llorar.

Luego se dio la vuelta y echó a correr hacia los árboles.

Los dos hermanos estaban sin aliento cuando se adentraron en el bosque. Stella encendió la linterna y los niños trotaron mientras se iban chocando contra las ramas.

—No te preocupes, Tom, ahora mismo estamos en casa —lo consoló ella entre jadeos.

—¿Y qué pasa con Jack?! —gritó el niño, que ya había comenzado a aminorar la marcha—. No podemos dejarlo atrás... ¡Lo pillarán!

—¡Estará bien...! ¡Seguro que se sube a un árbol para esconderse! —le contestó su hermana por encima del hombro y a voz en grito.

Justo en ese momento, el alarido de un niño saturó el aire nocturno y resonó en las copas de los árboles, de una forma que les puso los pelos de punta.

Tom se frenó en seco.

—¡Ese ha sido Jack! —exclamó—. Lo han cogido, Stella. ¡Han cogido a Jack!

La chica se paró, se giró y se puso la mano en el pecho. El corazón le latía tan fuerte que podía notarlo en la palma. Luego tragó saliva con todas sus fuerzas y luchó por contener las lágrimas.

—¡Tom, no podemos hacer nada! —exclamó con la voz rota—. ¡Tenemos que irnos a casa!

Pero el niño tenía otros planes y, de inmediato, cambió el sentido de la carrera y echó a correr de vuelta al claro. Su hermana mayor fue tras él.

—¡Vuelve, Tom! ¡Vuelve, por favor! ¡El túnel no va a esperar por ti, ya lo sabes! ¿Es que quieres que nos quedemos aquí atrapados para siempre?

—¡Van a darle una paliza! —gritó el chiquillo—. ¡Van a encerrarlo en una horrible prisión infantil! ¡Eso es lo que hacen aquí! No podemos dejarlo, Stell, ¡no podemos!

La chica lo agarró del brazo y comenzó a tirar de él.

—¡Tom! ¡Es demasiado peligroso! ¡Si pegan a Jack nos pegarán a nosotros también! ¡Acabaremos en prisión!

De pronto, las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

—¡Vámonos, Tom! ¡Vámonos de aquí!

Unos segundos más tarde, los dos niños se encontraron huyendo entre los árboles.

Cruzaron el lago a remo en completo silencio. Una neblina baja pendía sobre el agua y empañaba más si cabe su abatido estado de ánimo. Stella no paraba de luchar contra las imágenes de sollozos y golpes que se repetían una y otra vez en su imaginación. Crawley se la tenía jurada a Jack, de eso no tenía duda. ¿Por qué, Dios mío, por qué se había quedado petrificada en la hierba? Lanzó un suspiro desde lo más hondo de su ser, pero no dijo ni una palabra. Tom observaba desesperanzado el asiento que Jack había ocupado unas horas antes. Ni siquiera habían tenido un momento para despedirse. Entonces, comenzó a sollozar lentamente.

—Tú primero —dijo su hermana en voz baja cuando aupó la pierna de Tom para que alcanzara el primer nódulo del árbol.

Cuanto más subían, más oscuro se volvía el ambiente que los rodeaba y, antes de que pudiesen darse cuenta, la densa copa del árbol había tapado completamente la luz de la luna. Entonces, Stella volvió a encender la linterna. Poco después, Tom atisbó el primer travesaño de la escalera. Mientras trepaba en silencio en dirección al punto del que manaba luz, lo único en lo que podía pensar era en darse la vuelta para rescatar a Jack.





10

Media vuelta

Cuando Tom y Stella salieron del pequeño agujero de las profundidades de los arbustos, los cegó la luz del sol. La niña miró la hora en su reloj. Eran casi las cuatro en punto; hacía seis horas que habían bajado.

—¡Tom, mira, nuestras fiambreras! —E intentó sonar alegre cuando se asomó para mirar hacia donde habían dejado el tronco—. Por lo menos sabemos que mamá y papá no han salido fuera.

Luego, cogieron las tarteras y comenzaron a correr por el césped, donde el sonido que hacía su madre al tocar el piano bailaba con la brisa de la tarde. A la chiquilla se le formó un nudo en la garganta. ¡De golpe, su aventura se había convertido en una pesadilla! Y, ahora, cada vez que miraba hacia el jardín, solo podía imaginarse cómo habría sido todo si Emma hubiese estado allí.

Tom clavó los ojos en la hierba, desesperado. Cada paso que daba lo alejaba de la posibilidad de ayudar a Jack. ¿Cómo habían podido hacer algo así? ¿Cómo habían podido abandonar a Jack después de lo amable que había sido con ellos? Cuando la puerta que conducía de su casa al jardín apareció ante sus ojos, se le paró el corazón y se frenó en seco.

—Pero, Stella, ¿qué pasa con el padre de Jack? ¡¿Y si se muere porque Jack no vuelve con él?! ¡Tenemos que regresar para ayudarlo!

Unas lágrimas de frustración empañaron los ojos de la chica.

—Tom, ¿estás loco? ¿Eres consciente de la suerte que hemos tenido de poder escaparnos en ese momento? ¡Ahora mismo estarán registrando cada rincón del jardín buscándonos! Además, si el túnel vuelve a desaparecer, ¿qué? ¿Qué pasará con nosotros? ¿Qué pasará con mamá y

papá?

Cuando se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta de entrada, se le cayó el alma a los pies por lo desesperanzador que era todo.

Su hermano no se movió ni un milímetro. Lo único que podía oír eran los gritos de Jack resonando en su cabeza. Entonces, sin saber de dónde vino, un arrebato se apoderó de él y creció dentro de su cuerpo, hasta tal punto que le instó a dar media vuelta y volver. Stella, que estaba sumida en su mundo, ya casi había llegado a la puerta trasera.

Tom ahuecó las manos a ambos lados de la boca y le gritó a su hermana:

—¡JACK ARRIESGÓ SU VIDA POR NOSOTROS, STELL, NO VOY A DEJARLO MORIR ALLÍ!

Luego se dio la vuelta y echó a correr hacia la Isla, llevado por un sentimiento de euforia.

—¡ES AHORA O NUNCA! —gritó a las copas de los árboles—. ¡AHORA O NUNCA!

De pronto, no le importaba si su hermana lo acompañaba o si alguien más lo oía. Y, por eso mismo, también le daba igual que Charlie Green le dedicara una de sus extrañas miradas desde un parterre a lo lejos. Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo por Jack y por su padre, Jacob.

Stella alcanzó la manecilla de la puerta de la cocina.

—¡Aquí está! —suspiró al ver su pulsera de la amistad.

Tragó con fuerza, la deslizó por el picaporte y se la puso en la muñeca. ¡Habría sido un regalo perfecto para Emma! ¡Algo con lo que podría haber viajado al pasado y al presente! Sabía que Hannah le daría su aprobación en cuanto se lo contara todo; la pulsera uniría a las tres a través de la distancia y el tiempo.

Entonces, algo hizo que se sobresaltara, y dio media vuelta. Tom le había estado gritando, pero se había quedado tan absorta en sus pensamientos que no escuchó nada.

—¡ES AHORA O NUNCA! —Oyó resonar entre los árboles—. ¡AHORA O NUNCA...!

Para su horror, de pronto atisbó la espalda de su hermanito mientras desaparecía en la Isla.

No era nada fácil ver dentro de la azalea sin la linterna de Stella, así que el niño tuvo que rebuscar durante casi un minuto a tientas para intentar encontrar el agujero. Durante un terrible segundo, creyó que había desaparecido, pero, entonces, la mano se le resbaló por el borde de la abertura y soltó un profundo suspiro de alivio. Bajó el pie hasta que lo posó en uno de los travesaños de la escalera y asomó la cabeza para mirar hacia el montículo.

—¡Stell, sigue aquí! ¡Todavía estamos a tiempo! —gritó.

Luego respiró hondo, se prometió a sí mismo que no dejaría que la oscuridad lo asustase y, a continuación, comenzó a descender poco a poco.

Dentro del túnel no se veía nada. Fue aferrándose a cada travesaño y contando todos los pasos que daba mientras observaba cómo el tenue punto del que manaba la luz sobre él iba desapareciendo. Le sorprendió lo rápido que podía bajar. Dieciséis, diecisiete, dieciocho. Luego, dejó un pie colgando en el vacío hasta que encontró el primer nódulo. Y, en ese momento, cuando echó un último vistazo arriba, a su hogar, deseó con todas sus fuerzas que su hermana estuviese allí con él.



Stella corrió a la velocidad del rayo hacia la Isla. Se le iba a salir el corazón del pecho. ¿Y si el túnel desaparecía con Tom dentro? ¡Y si se quedaba atrapado para siempre en el pasado! Y, después de todo, ¿de quién era la culpa de que Jack no hubiese podido escapar por el bosque? ¡Si no se hubiese quedado petrificada en el jardín, nada de aquello habría pasado! Se lanzó de cabeza a la azalea y encendió la linterna. Las lágrimas le nublaban la vista mientras buscaba entre el matorral. A veces, su hermano podía ser un poco estúpido y extremadamente irritante, ¡pero también era increíblemente valiente!

Al principio no recordaba dónde se encontraba el agujero, y las mejillas comenzaron a arderle del miedo mientras golpeaba con la linterna el suelo a su alrededor. Al final, justo cuando la primera lágrima se liberó y bajó rodando por su carrillo, metió la rodilla izquierda por un saliente y esta desapareció bajo la tierra.

Sin prisa pero sin pausa, Tom localizó el primer nódulo del árbol, y luego el siguiente y el siguiente, mientras su cuerpo sudoroso se aferraba con todas sus fuerzas al tronco del árbol a la vez que bajaba un pie, lo apoyaba, y después se soltaba del nódulo de más arriba. Pasaron unos segundos hasta que pudo empezar a percibir algunas sombras. Enseguida vio las ramas que había bajo sus pies a través del tenue destello del amanecer. Salvó los últimos metros con un salto, igual que hizo la primera vez, y aterrizó con torpeza en el blando suelo que había al pie del árbol.

Una luz amarilla que le puso el vello de punta rebotó en los árboles e iluminó el césped.

—¡Tom! ¡Estoy aquí! —lo llamó Stella entre susurros.

Y, cuando el niño alzó la vista para ver la silueta de su hermana emergiendo del árbol, sus labios se curvaron en una sonrisa con forma de media luna.

—Así que creías que podías cruzar a remo tú solo, ¿a que sí? —quiso saber la chica con una sonrisa en la cara.

Los remos surcaban el lago con todo su peso mientras el sonido dulce del movimiento del agua interrumpía la tranquilidad del ambiente nocturno.

—¡Habría sido capaz! —contestó el niño, y frunció el ceño.

Stella no pudo aguantarse la risa. Tom no cambió el gesto durante otros dos segundos, y luego, poco a poco, se dejó llevar por una risita tonta.

Cuando se acercaron a la otra orilla, oyeron el eco de unas voces a lo lejos.

—¡Siguen buscándonos! —musitó la niña.

El corazón se le volvió a acelerar. Los dos hermanos salieron como pudieron de la barca y se adentraron unos pasos en el bosque.

—De acuerdo —dijo con voz temblorosa Stella—, solo tenemos que esperar a que las cosas se calmen.

—¿Y luego qué? —preguntó Tom, ansioso.

Se dio cuenta de que le sudaba la mano cuando se la metió en el bolsillo para coger su pañuelo del tesoro.

Stella respiró hondo y se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

Entonces, el niño notó algo frío y metálico entre los dedos. Debía haberse quedado atrapado en los pliegues del pañuelo del tesoro.

—¡Stella! —exclamó en voz baja, y sacó una llave del bolsillo—. Es la llave de los Gladstone. ¡No llegué a devolvérsela a Jack!

Durante media hora, en el jardín no se oyó ni un ruido. Al final, los niños se pusieron de pie y cruzaron la hilera de árboles que daba a las casas. La luna ya se había desvanecido y había dejado la hierba sin brillo ni vida. Ahora, el manto gris del amanecer envolvía los árboles y los matorrales, y, cuando los chicos miraron a través del jardín, vieron que no había ninguna luz encendida en la casa, excepto un debilísimo destello que salía de una ventanita en lo alto del edificio.

Cruzaron el césped lentamente, a hurtadillas, y entraron al patio ajardinado.

—¡Apuesto lo que quieras a que la ventana de ahí arriba es la de Emma! —susurró Tom.

—¡Espero que no se haya quedado dormida! —murmuró su hermana, mientras giraba la pulsera que llevaba en la muñeca.

Se pusieron de puntillas para mirar por la ventana de la cocina y vieron que estaba sumida en la oscuridad. De pronto, el silencio y la soledad del sitio superaron a Tom.

—¡Stell, es demasiado tarde! —musitó con desesperación—. ¡Ya no está aquí! ¡Se han llevado a Jack a prisión!

—¡Oh, no, no se lo han llevado a ningún sitio! —dijo una voz que rebotaba emoción a sus espaldas—. ¡Lo han atado de pies y manos y lo han encerrado en el sótano!

Tom y Stella se dieron la vuelta aterrorizados y se encontraron con una chica con aire triunfante detrás de ellos. Tenía las manos en las caderas y las piernas abiertas. Llevaba un abrigo largo negro y unas botas que le llegaban hasta los tobillos.

—Hola —los saludó, y a los chicos se les salieron los ojos de las órbitas—. Soy Lucy Cuthbertson. ¿Quiénes demonios sois vosotros?







11

El rescate

La razón por la que Lucy lo vio todo fue que la despertaron los gritos del señor Gladstone y se asomó a la ventana de la cocina.

—¡Pobre Emma! El señor Gladstone le ha dado una buena reprimenda por estar fuera, en el jardín. Aunque ella se ha ceñido a su versión. Le ha echado la culpa a Harry, claro está. —La niña se sacudió el pelo para apartárselo de los hombros y levantó la barbilla—. Obviamente, ¡yo sabía que estaba con alguien más!

—¿Cómo? —susurró Tom, que se encontraba paralizado.

La chica suspiró con impaciencia y puso los ojos en blanco.

—Porque se estaba retorciendo el pelo con el dedo índice, ¡está claro! ¡Siempre hace eso cuando miente! Sea como sea, ¿de qué casa venís? ¡Emma no me ha avisado de que hubiese una cacería de topos! ¡Si no, me habría levantado a tiempo! —Entonces, frunció el ceño durante un instante—. De todas formas, ¡todavía no me habéis dicho cómo os llamáis!

—Yo soy Stella, y él es mi hermano, Tom —los presentó la niña brevemente—. Lo siento, Lucy, pero no tenemos tiempo para explicarte nada más ahora mismo. Es casi de día y, si Jack está en el sótano, lo mejor es que entremos ya, antes de que todo el mundo se despierte.

La chica ladeó la cabeza y volvió a fruncir el ceño.

—De todos modos, ¿quién es el pobre chiquillo? Es un ladrón, ¿no? ¿Qué tiene que ver Emma con él?

Stella negó con la cabeza.

—Lucy, vas a tener que confiar en mí. Verás, somos amigos de Emma...

—Ya lo sé —dijo la muchacha en un tono alegre.

—Bueno, pues Jack también es un buen amigo de ella. Estoy segura de que mañana te lo contará todo con pelos y señales.

La chica frunció el entrecejo una vez más y asintió.

—De acuerdo, de acuerdo —le contestó con impaciencia—. Pero respóndeme a esta pregunta: exactamente, ¿cómo proponéis que entremos ahí dentro?

—Con la llave, ¡claro está! —intervino Tom con una sonrisa.

En cuanto sacó la llave del bolsillo, los ojos de Lucy se encendieron de la emoción.

Unos segundos más tarde, los tres niños se encontraban ante la puerta de la cocina, esperando a entrar. Stella dudó un momento y luego se giró de golpe hacia la otra chica.

—Lucy —susurró con un tono de urgencia—, por favor, tienes que prometerme que volverás directamente a tu casa cuando salgamos de aquí con Jack. No intentes seguirnos. Debemos separar nuestros caminos, ¡si no, nos cogerán a todos! Emma te lo explicará mañana, te lo prometo.

La muchacha volvió a poner los ojos en blanco.

—De acuerdo, ¡de acuerdo! —le contestó, y suspiró con impaciencia—. Pero pongámonos manos a la obra, ¡por el amor de Dios!

Al girar la llave, la cerradura emitió un estruendo metálico que sobresaltó a los tres chicos. Todos se quedaron petrificados un momento, pero al final entraron lentamente a hurtadillas. Los restos de un pequeño tronco ardían en el hogar y hacían que una cálida acogida se apoderara del ambiente. Stella estuvo a punto de sacar la linterna, pero luego miró a Lucy y se lo pensó mejor.

—¡Es por ahí abajo! —susurró la amiga de Emma.

Los dos hermanos la siguieron, sin hacer ruido, hasta la despensa de la que habían robado la comida unas horas antes. De pronto, la muchacha se hizo a un lado y señaló el suelo.

—¡Nunca lo había visto tan furioso! —murmuró llena de emoción.

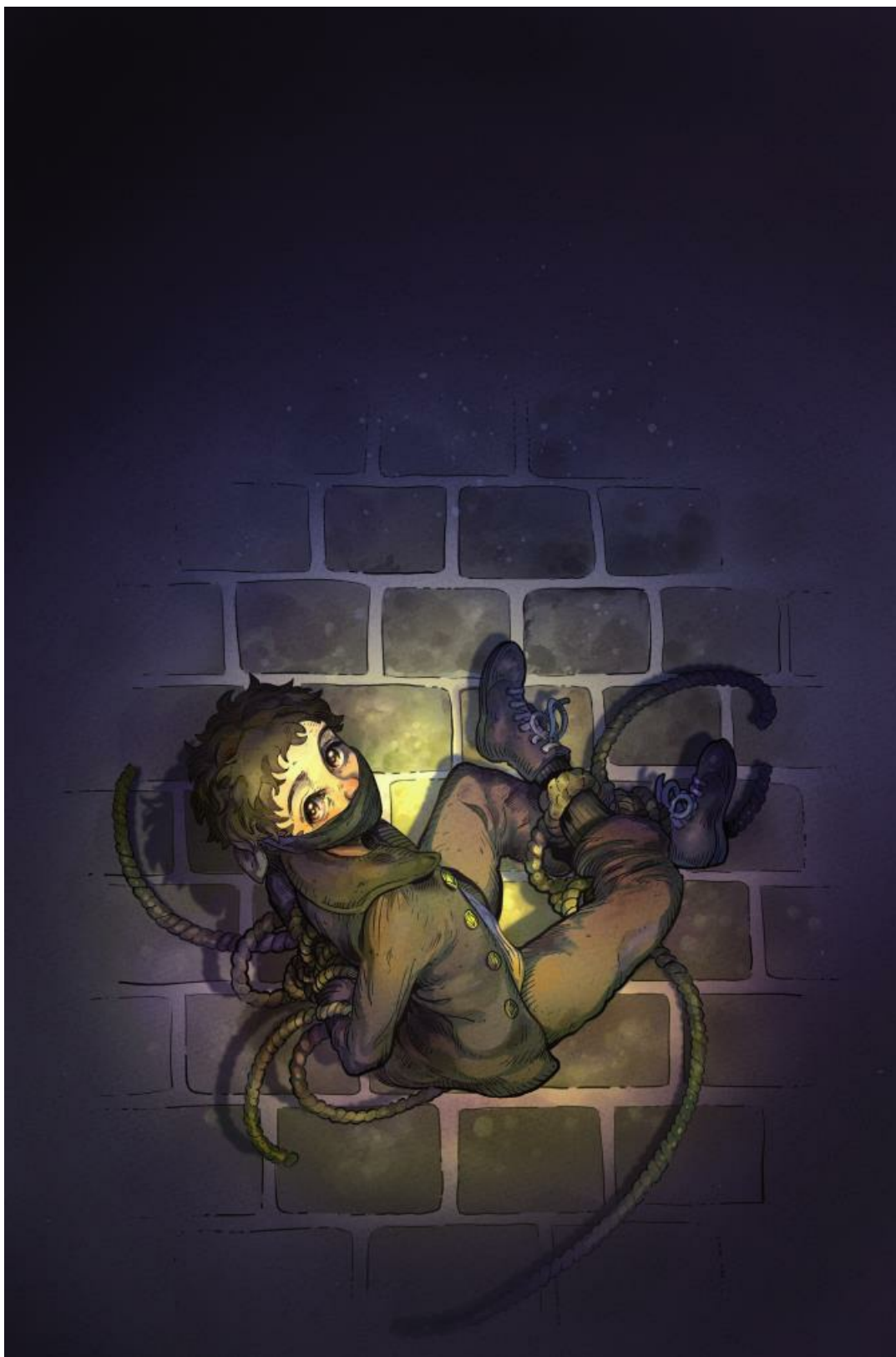
—¿A quién? —quiso saber Tom, que acto seguido comenzó a temblar.

—¡A Crawley! ¿A quién si no? Le golpeó tres veces en la espalda ¡y después lo ató de pies y manos! Dijo que la policía podía esperar a que amaneciera ¡y que el chico podía aguardar con las ratas! Si el señor Gladstone algún día llega a enterarse, va a montar en cólera. Pero lo único que hizo él fue volver a la cama, claro está.

Stella notó un vacío en el estómago cuando se arrodilló y comenzó a palpar el suelo a la tenue luz del amanecer. Menos mal que Tom había hecho que volvieran a bajar por el árbol. Agarró un tirador pequeño y, luego, con la ayuda de los otros dos niños, consiguió tirar de la puerta y abrirla. En cuanto la puerta cayó al suelo con un ruido metálico, unos sollozos amortiguados ascendieron desde las tinieblas.

—¡Esperad un segundo! —musitó Stella.

A continuación, le lanzó una mirada nerviosa a Lucy y luego encendió la linterna. Entonces, sus pupilas se encontraron con los ojos aterrorizados de Jack, que la miraban brillantes desde abajo. Estaba sentado al pie de la escalera de madera, con la espalda apoyada en una pared, atado y amordazado.



—¡Jack! —susurró la niña con horror.

—¿De dónde habéis sacado eso?! —se sorprendió Lucy, que tenía la mirada clavada en la linterna.

—¡De Australia! —le contestó Tom, y levantó las cejas.

Acto seguido, se lanzó escaleras abajo para ayudar a su amigo.

El trozo de tela que tapaba la boca de Jack estaba calado y empapado de saliva, así que el niño tardó unos cuantos segundos en tirar de él hacia abajo para finalmente dejárselo alrededor del cuello.

—Pero ¿cómo habéis conseguido entrar aquí? —quiso saber el muchacho, rebosante de alegría.

Tom pudo ver en la cara llena de barro de su amigo que había estado llorando, pero no dijo nada al respecto. En lugar de eso, sacó orgulloso la llave de su bolsillo.

—¡Daos prisa, por favor! —susurró Stella, enfadada.

Su hermano pequeño estaba intentando torpemente soltarle las muñecas atadas a la espalda a su amigo.

—¡No puedo deshacer las ataduras! —exclamó aterrorizado y en voz baja.

La niña apretó los dientes.

—¡Tira, Tom! ¡Tira!

Lucy salió a la velocidad de un rayo hacia la cocina y volvió unos segundos más tarde con un cuchillo gigantesco que resplandecía a la luz que vertía la linterna.

—¡Prueba con esto! —propuso, orgullosa de su idea.

Stella miró fijamente el cuchillo y tragó saliva con todas sus fuerzas.

—Yo lo haré —dijo enseguida.

A continuación, agarró el utensilio de cocina por el mango y bajó los escalones a toda prisa. Tom sujetó la linterna mientras su hermana cortaba con cuidado los trozos de tela que aprisionaban las manos de Jack.

—¡Nunca lo olvidaré! —les agradeció el muchacho, que se estremeció durante un segundo—. Esta vez sí que me habéis salvado el pellejo.

Luego cogió el cuchillo y, con un corte limpio que dejó a los niños sin aliento, se soltó las piernas.

—Bueno —continuó, y se puso de pie de un salto—, creo que ha llegado el momento de que todos nos vayamos a casa, ¡por decirlo de alguna manera!

Tom y Stella deshicieron el camino de vuelta a la planta baja con unas sonrisas de oreja a oreja.

—¡Vámonos! —murmuró Lucy con decisión.

Entonces, todos se quedaron petrificados cuando en la entrada del vestíbulo apareció la mano de una niña sujetando una vela amarilla encendida.

—¡Emma! —chilló Stella encantada, pero, justo entonces, Sophie dio un paso para mostrarse ante sus ojos.

Durante una milésima de segundo, todos los chicos se quedaron mirándose los unos a los otros sin atreverse ni a respirar. Al final, Lucy fue la que se decidió a hablar:

—¿Pero, Sophie?! —le preguntó en un tono tan agarrotado como su sonrisa—. ¿Qué demonios haces despierta a estas horas?

La hija de los Gladstone miró con desprecio a Lucy y, luego, recorrió lentamente a Stella, Tom y Jack con la mirada. Fue poco a poco, pero no cabe duda de que una amplia sonrisa apareció en su cara. A continuación, hinchó el pecho, respiró lo más hondo que pudo y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Crawley! ¡Padre! ¡Los he pillado!

Un segundo después, la casa volvió a la vida. Los tablones del suelo latían con fuerza. Se oían los gritos de la gente. Los pies bajaban en estampida por las escaleras.

—¡Ya voy! —resonó el aullido de Crawley.

Los niños pasaron volando junto a Sophie para dirigirse a la puerta y, en ese camino, la llave de los Gladstone se cayó al suelo de piedra, emitiendo un sonido metálico.

—¿A quién has pillado, Sophie? —le preguntó Lucy con sarcasmo.

Acto seguido, salió corriendo al jardín junto a los demás.





12

Culpable

Tom, Jack y Stella cruzaron el césped en dirección a la Isla como tres balas. No se atrevieron a mirar atrás por miedo a que eso los retrasara y, mientras volaban entre la neblina del amanecer, que ya comenzaba a desvanecerse, a Stella se le paró durante un segundo el corazón: un poco más adelante, junto a la hilera de árboles, vio a un grupo de topos corriendo en círculos. Justo cuando empezaba a sonreír, una de las zapatillas se le atascó en algo duro, tropezó y cayó contra el suelo.

En cuanto sus manos tocaron la hierba mojada, se volvió a incorporar y vio a los otros dos chicos que desaparecían en el bosque y a Lucy que se dirigía hacia ella por la derecha. Tardó un segundo en volver a ponerse de pie, pero, para entonces, el brazo ancho de un hombre ya le había rodeado la cintura y la había dejado sin aliento.

—¡Te tengo! —masculló Crawley en tono triunfante.

La niña notó la respiración caliente del hombre en la oreja.

—¡Suéltame! —chilló ella con la voz entrecortada.

A continuación, comenzó a pegarle codazos con toda su furia para intentar liberarse, pero el brazo de Crawley siguió apretándole la cintura. El iPhone de la chiquilla, guardado en el bolsillo izquierdo de los vaqueros, se le estaba clavando en la barriga.

—¡Au! ¡Me estás haciendo daño! ¡Suéltame!

Mientras se retorció de un lado a otro, se dio cuenta de que el resto había cambiado de rumbo y estaban corriendo hacia ella.

—¡Te «soltaré» cuando tenga al ladronzuelo! —bramó el hombre.

—¡Jack no es un ladrón! —masculló ella entre dientes.

No dejaba de tirar hacia delante con todas sus fuerzas, pero no estaba sirviendo de nada.

—¡Stella lleva razón! —interrumpió una voz muy enfadada desde un lado—. «Tú» eres el único ladrón aquí, Crawley, ¡y voy a contárselo a padre!

En ese momento, el hombre relajó el brazo con el que sujetaba a Stella, y esta alzó la vista para ver, llena de asombro, a Emma saliendo de entre las sombras, aún con el camisón y el abrigo puestos. Tom, Jack y Lucy se pararon detrás de ella. Estaban sin aliento.

El sirviente resopló de la indignación.

—Bueno, bueno, ahora la señorita Emma. Así que Albert Crawley es un ladrón, ¿eh? ¿Quién le ha contado ese sinsentido?

—¡Tú eres un ladrón! —insistió la niña en tono firme—. ¡Y tú eres quien ha estado robando nuestra plata! ¡Y el dinero de mamá!

A Stella se le iba a salir el corazón del pecho. De pronto, notó el iPhone en el bolsillo de los vaqueros y se le ocurrió una idea: sabía exactamente dónde se encontraba el botón de la grabadora.

Entonces, dejó de escuchar la respiración de Crawley en su oído. Aprovechó que el hombre volvía a relajar el brazo con el que la tenía aprisionada para tirar del móvil suavemente, sacarlo del bolsillo, deslizar el dedo rápidamente por la pantalla y darle dos toques.

—Bueno, bueno, señorita Emma —masculló—. Suponiendo que yo hubiese estado robando su preciosa plata, ¿quién iba a creerla? —Y entornó sus oscuros ojos—. Ya tenéis bastantes problemas, así que yo que vosotros mantendría el pico cerrado, por vuestro bien.

En ese momento, Henry Gladstone irrumpió entre los arbustos.

—¿Qué rayos está ocurriendo aquí, Crawley? —Luego miró a Jack de arriba abajo—. ¿Y por qué sigue este niño aquí? ¡Por el amor de Dios!

Como si aquellas palabras hubiesen activado un resorte, Crawley soltó a Stella y se puso firme.

—Señor —dijo en un tono prácticamente irreconocible—. Ha sido el chico. Verá, ha intentado oponer resistencia. Estaba fuera de control. —Y miró a Jack con los ojos entornados y de forma intimidante—. Luego me amenazó con un cuchillo y tuve que encerrarlo en el sótano, señor. Estaba a punto de ir a buscar a la policía, señor, se lo juro, cuando estos niños forzaron la entrada.

Emma dio un paso adelante. Sus ojos negros brillaban con furia.

—¡Padre, está mintiendo! ¡Miente! —exclamó, atacando al sirviente—. ¡Jack no es ningún ladrón, Crawley! ¡Tú lo eres! ¡Y el pobre Jacob tampoco robó nunca nada! Jack es su hijo y nos contó que tú fuiste quien lo acusó.

A aquellas declaraciones las siguió un silencio de estupefacción, que solo fue capaz de romper la llegada aturullada de la señora Gladstone y de Sophie, que aparecieron acompañadas de dos agentes.

—Emma Gladstone, ¿qué estás diciendo? —Al padre le temblaba la voz—. Eso es un absoluto y completo disparate. Sugerir que Crawley...

—Pero, padre, ¡tengo una prueba!

La niña dio otro paso adelante y sacó un trozo de tela enrollado de debajo de su abrigo. Los ojos de todos los pequeños se abrieron como platos.

Crawley se apartó arrastrando los pies cuando Henry Gladstone alargó el brazo para coger el paquetito de la mano de su hija. Con el ceño fruncido del desconcierto, se arrodilló en el suelo y abrió la tela para dejar a la vista un surtido de pequeños objetos de plata.



—¿Quién lo hubiera dicho, Constance? —susurró—. ¡Aquí está tu pastillero! ¡Y el salero que desapareció! ¡Y la jarra! Aunque no está el monedero. ¿Dónde lo tienes, Crawley? Te has gastado todo el dinero, ¿a que sí?

El primer agente dio un paso hacia delante y se colocó sin hacer el menor ruido detrás del sirviente, quien ignoró la pregunta del señor Gladstone y empezó a moverse de una manera que rebosaba incomodidad.

La cara de la señora de la casa estaba blanca como la pared y tenía el gesto paralizado.

—Emma, cariño —comenzó, y se puso un chal encima del camisón—, ¿dónde has encontrado todas estas cosas?

—Harry ha sido el que las ha encontrado —le contestó la niña sin dejar de mirar a Crawley—. Estaban enterradas en un agujero debajo de un matorral. —Y entornó los ojos—. Crawley las enterró ahí ¡porque estaba intentando esconderlas!

Stella dejó escapar un suspiro de alivio disimuladamente.

—Ahora mírenlo por este lado —intervino el sirviente de una forma tan inesperada que hizo que todos se sobresaltasen—. ¡Yo no tengo nada que ver con esa plata! —Y le lanzó una mirada amenazadora a Jack—. ¡No hay ninguna prueba de que yo la dejase allí! ¡Les digo que fue el chico! Lo vi con mis propios ojos llevarse la plata de la casa. Lo juro. Además del dinero y todo lo demás.

El señor Gladstone se incorporó negando con la cabeza, exasperado.

—Mira, Emma, Crawley lleva bastante razón. ¡Un montón de plata en el jardín difícilmente lo convierte en un ladrón! Siento decirte que, si vas a exponer una teoría tan ridícula, ¡vas a tener que aportar alguna prueba!

Una sonrisa iluminó la cara de Crawley durante un segundo, pero justo entonces Stella dio un paso adelante. El brazo le temblaba cuando sacó el iPhone para mostrarlo ante todos.

—Yo tengo la prueba —dijo en tono tranquilo.

—Por el amor de Dios, ¿qué es eso? —preguntó Henry Gladstone de pronto.

Pero, tan rápido como alargó la mano para coger aquel objeto, la retiró al escuchar ante él una voz familiar aunque extrañamente disociada, que llenó el aire.

«Bueno, bueno, señorita Emma. Suponiendo que yo hubiese estado robando su preciosa plata, ¿quién iba a creerla? Ya tenéis bastantes problemas, así que yo que vosotros mantendría el pico cerrado, por vuestro bien.»

Durante unos segundos, nadie movió ni un pelo, excepto el primer policía, que comenzó a garabatear en el bloc de notas con furia.

—¿Qué demonios hace Crawley metido en esa caja? —exclamó Lucy con los ojos como platos.

Emma sonrió a Stella con aire triunfante y, luego, dio un zapatazo de la emoción.

—¿Ve, padre? ¡Se lo dije! ¡Le dije que Crawley era el ladrón!

Pero el señor Gladstone, que seguía observando el iPhone boquiabierto, no dijo ni una palabra. Parecía que había entrado en un trance transitorio, igual que su mujer y su hija mayor.

Crawley comenzó a murmurar desconcertado y, después, dio dos pasos atrás para acabar en las firmes garras del segundo policía.



Finalmente, el señor Gladstone salió de su trance y comenzó a negar lentamente con la cabeza.

—Compensaré a Jacob —dijo—. Aunque sea lo último que haga.

Mientras el verdadero ladrón intentaba zafarse del agente, Jack sonrió a Tom y a Stella, se despidió disimuladamente de ellos con la cabeza y se escabulló entre unos arbustos.

—¿Dónde está ese pobre chiquillo? —preguntó el señor Gladstone, y de pronto empezó a mirar por todos lados—. Así que era el hijo de Jacob. ¿Quién lo habría dicho?

—Debe haberse ido asustado —le contestó el agente—. No puede andar muy lejos, señor.

—Bien, ¿le importaría enviar a alguien a buscarlo? Tenemos que lavarlo y llevarlo a casa con su familia.

—Oh, Lucy, querida —exclamó Emma cuando se llevaron a Crawley. Luego miró fijamente a su amiga y comenzó a retorcerse el pelo con el dedo índice a propósito—. ¿No es magnífica la máquina de tu prima de Australia? ¡Y pensar que han dejado que tus primos la trajeran para venir a visitarte!

En cuanto la chica vio que su amiga se estaba retortijando el pelo entre los dedos, el ceño fruncido de desconcierto se metamorfoseó en una amplia sonrisa.

—¡Ah! Claro... Sí... Por supuesto, Emma... Es bastante increíble, ¿no te parece?!

Luego fingió un bostezo y se apartó el largo cabello rubio de los hombros.

—Bueno, primos, creo que todos estamos muy cansados, ¿verdad? ¡Yo diría que ya es hora de irnos a la cama!

A continuación, cogió de los brazos a los dos hermanos, les hizo dar la vuelta con ella y se los llevó de allí a rastras.





13

Una bienvenida inesperada

En cuanto los niños se alejaron lo suficiente como para quedar fuera de la vista del grupo, escucharon el susurro apremiante de Jack desde uno de los márgenes del camino.

—¡Por aquí! ¡Tenéis que iros! ¡Los topos acaban de repetir la danza!

Miraron a su derecha y vieron al chico salir de detrás de un árbol.

—¿Ir adónde? —preguntó Lucy, claramente incómoda.

—A casa —le contestó Stella, y le sonrió a modo de disculpa.

—Y ¿dónde está exactamente vuestra casa? —continuó la chica con el ceño fruncido—. ¡Y no os atreváis a decirme que en Australia!

Los tres muchachos se echaron a reír.

—No está muy lejos de aquí —le dijo la niña en tono alegre—. Emma te lo contará por la mañana. Lo siento. ¡Aunque nos volveremos a ver!

Lucy respiró hondo, incapaz de ocultar su decepción.

—Ah, solo por si acaso... —Stella se puso colorada cuando se quitó la pulsera de la amistad de la muñeca—. ¿Puedes dársela a Emma de mi parte?

—¿Qué demonios es esto? —quiso saber la chica, que volvió a fruncir el ceño mientras Stella le ponía rápidamente la pulsera en la muñeca.

—Es una pulsera de la amistad. —Sonrió y luego se encogió de hombros—. ¡Significa que sigues siendo amiga de alguien estés donde estés! —Los dos chicos ya habían retomado su camino—. Gracias otra vez, Lucy. ¡Has estado increíble! Emma te lo explicará todo.

Luego, se dio media vuelta y fue corriendo hasta el bosque.

Jack insistió en cruzarlos a la otra orilla, incluso a pesar de que se encogía del dolor cada vez que la espalda le rozaba el borde de la barca.

—Nuestro festín de medianoche ha sido demasiado. —Se rio—. Hemos encontrado más de lo que íbamos buscando, ¿eh?

A Tom le entró la risa floja inmediatamente.

Entre los tres, tiraron de la barca para dejarla al pie del árbol.

—Bueno —dijo Jack, que de pronto parecía estar incómodo—. Tengo que agradeceros que me salvarais... ¡Y, por lo que he oído, que hicierais lo mismo con mi padre! —Se aclaró la voz—. Ha sido un auténtico placer conoceros, ¡que tengáis un buen viaje de vuelta!

Stella tragó saliva con fuerza.

—Espero que tu padre vuelva a ponerse bien pronto —le deseó con una sonrisa.

—No me cabe duda de que lo hará, ahora que el señor Gladstone sabe la verdad. ¡Apuesto a que no tardará nada en volver al trabajo! ¡Y lo más seguro es que lo haga con los Gladstone! Adiós, pequeñajo. —Y Jack le tendió una mano sucia a Tom—. Chico, con las agallas que tienes te irá bien en la vida.

El niño sonrió y asintió, agarrando con fuerza su pala con una mano mientras su amigo le estrechaba la otra.

—Y no dejes de cavar. ¡Nunca se sabe lo que se puede encontrar en ese jardín vuestro!

—¡Jamás! —le contestó él—. ¡Hasta luego, Jack! Después, Tom se subió al primer nódulo del árbol.

—¡Eh, Jack, cógela! —Y Stella le tendió la linternita naranja—. Tom ya ha cruzado el túnel a oscuras, así que ¡solo tengo que seguirlo!

—¡Cáspita! ¡Lo decías de verdad! ¡Yuju!

Jack cogió la linternita con una sonrisa alegre en la cara e iluminó la oscura amalgama de ramas que había sobre su cabeza. Entonces, la niña se agarró al primer nódulo y enseguida comenzó a escalar tras su hermano.

—¡Buena suerte! —gritó el muchacho tras ellos—. ¡Y adiós otra vez!

Con la ayuda del rayo de luz de la linterna, los niños avanzaron rápidamente. Enseguida se encontraron con el conglomerado de ramas que, como estaban escalando tan cerca el uno del otro, no les costó avistar una vez se desvaneció la luz de la linterna.

—¡Ya hemos llegado! —susurró Tom cuando, sin esperarlo y mientras buscaba a tientas la siguiente rama, palpó los muros de barro en lugar del tronco del árbol.

Rápidamente, encontró el primer travesaño de la escalera, subió la pierna a la siguiente rama y, antes de darse cuenta, tenía la cabeza dentro del túnel.

—Ya es hora de volver a casa —murmuró al alzar la vista hacia la pequeña fuente de luz que apareció a lo lejos—. Espero que volvamos a vernos algún día, Jack.

—¡Date prisa!, ¿quieres? —le urgió su hermana.

Cuando los niños salieron a gatas de los matorrales y la luz del sol los deslumbró por segunda vez, oyeron una rama seca crujir más allá del arbusto.

Tom y Stella se quedaron agachados y muy quietos. No se atrevían casi ni a respirar. Esta vez sí que oyeron el jadeo sin aliento de Charlie Green. Unos segundos después, sus katiuskas verdes aparecieron a menos de un metro de la nariz del niño.



«¿Y si lo descubre?», pensaron los dos, con los dos pares de ojos clavados más allá de las botas, en el tronco que habían llevado hasta la cima del montículo.

—¡Salid los dos! ¡Sé que estáis ahí dentro!

Los hermanos salieron a gatas abochornados y se quedaron estupefactos al encontrar a Charlie Green sentado en su tronco.

—Bueno —resopló—, no es mala idea. Y desde luego no es una por la que merezca la pena esconderse de mí entre los matorrales.

Los niños se pusieron de pie y se sacudieron el barro y las ramitas de las manos, el pelo y las rodillas.

—De hecho —continuó el jardinero—, es un sitio genial para sentarse. ¡La mayoría de las mañanas hace solecito aquí!

Cuando Charlie Green les tendió sus fiambreras, Tom y Stella se pusieron colorados y le dedicaron una sonrisa fría. Después, saltaron el arbusto para salir pitando de allí y entrar en el césped.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó la chica mientras se apresuraba a volver a casa a la vez que devoraba sus sándwiches.

Tom, que no mostraba tener mucho interés por su comida, tenía el ceño fruncido.

—Ya han vuelto —susurró su padre desde detrás de un periódico.

—¿Ya? Son las cinco, ¡cariño!

Su madre dejó de tocar el piano en cuanto aparecieron los niños.

—Hemos conocido a dos hermanas ¡y nos han invitado a su casa! —le explicó Stella mientras se apresuraba a cruzar la habitación.

La mujer sonrió.

—¿Ves, querido? ¡Te dije que solo era cuestión de tiempo!

Luego volvió a su recital, mientras la hija mayor subía las escaleras riéndose entre dientes y a la velocidad del rayo.

Cuando Tom llegó a su dormitorio, se quedó quieto para observarlo todo con atención. Intentó imaginarse la enorme mesa de comedor, las sillas tapizadas de terciopelo rojo, la lámpara de araña y los cuadros gigantescos. Después inspeccionó la pared que separaba su dormitorio del de su hermana. Al final, fue hasta la chimenea.

—¡Stella! ¡Las iniciales!

Los dos se lanzaron al interior de la chimenea y asomaron la cabeza por debajo. A Tom se le cayó el alma a los pies. Por supuesto, habían tapiado el conducto de la salida de humo. Con la cabeza gacha, volvió hasta donde tenía su cofre de los tesoros subterráneos y desparramó su contenido por la alfombra.

—¡Tom, arriba ese ánimo! —le pidió la niña en tono alegre—. ¡Algún día podremos volver!

A continuación, abrió la puerta acristalada del dormitorio de su hermano y salió al minúsculo balcón. Y, en ese momento, mientras respiraba el dulce aroma del azahar y miraba a los árboles, comenzó a sonreír. «¡Las cosas por fin están mejorando por aquí!», le contaría a Hannah cuando hablasen por Facebook esa misma tarde. Entonces, frunció el entrecejo, sumida en sus pensamientos. ¿Cómo diablos iba a codificar el mensaje para decirle que había viajado al pasado a través de un lago subterráneo?

Tom, que estaba en su mundo, se tumbó en la cama. Había algo que lo inquietaba. No era la chimenea, aunque le habría gustado poder quitarle aquellos ladrillos. Era otra cosa. Pero no acababa de saber qué.





14

La pista olvidada

Todos los días de la semana siguiente, los niños se levantaron temprano para ir a buscar a los topos, pero no aparecieron. Stella ocupaba su tiempo componiendo mensajes de Facebook codificados para Hannah y haciendo el vago mientras escuchaba música junto a sus torres de libros, en las zonas del césped en las que daba el sol. Por fin había conseguido sentirse en paz con su nuevo entorno y, además, estaba segura de que volvería a encontrarse con Emma pronto.

Tom, por otro lado, enseguida perdió la paciencia. Si no podía ver la «T» dentro de la chimenea, quería conseguir cualquier otra prueba en secreto, alguna evidencia de que su aventura había pasado de verdad. Su humor no mejoró cuando comenzó a tener pesadillas en las que volvía a la casa con Stella, Emma y Jack. Todas las veces, sin falta, Crawley los sorprendía por la espalda y los encerraba a oscuras en el armario de las escobas. Y siempre llegaba el momento en el que la puerta se volvía a abrir para mostrarles al hombre acariciando un largo látigo negro. Y, entonces, Tom se despertaba empapado en sudor y temblando.

Charlie Green también solía estar presente en algún lugar del sueño, observándolo todo desde una extraña distancia.

Unos diez días después de que salieran del túnel del tiempo, el niño se despertó de otra de sus pesadillas y se quedó tumbado observando su dormitorio y escuchando el canto de los pájaros en el jardín. Entonces, se puso a contemplar el césped bañado por la luz del sol y comenzó a hacerse preguntas. ¿Era posible que, de alguna manera, Stella y él se hubiesen imaginado entre los dos toda aquella aventura? ¿Y si su mudanza desde Hong Kong los había afectado en algún sentido? Seguía sumido en aquellos pensamientos cuando se vistió. Cruzó una

vez más la habitación para ir hasta la chimenea. Volvió a mirar dentro, hacia el techo de ladrillo. Luego, se incorporó lentamente y suspiró. Entonces, se dio la vuelta. Estaba mirando las tres enormes piedras que había desenterrado al principio del verano y que había alineado a los pies de su cama, cuando tuvo una idea repentina, inesperada pero tan clara como el agua.

—¡Stella! —gritó al irrumpir en su dormitorio.

—¿Qué? —le preguntó ella con el ceño fruncido.

Hannah le había dejado un mensaje diciéndole que había pensado unirse al club de historia, que hacer espeleología era una de las cosas más aburridas que podía imaginar y, ya que estaba, le pidió a su amiga que ¡escribiese normal, por favor!

—¡Ven conmigo! —le pidió Tom, y le mostró su pala—. ¡Creo que he dado con la prueba que necesitaba para demostrar que estuvimos en el pasado!

—¿Prueba?

Pero su hermano ya había salido corriendo como una bala por la puerta. La niña negó con la cabeza, cerró su página de Facebook y bajó las escaleras a toda prisa tras él.

—Tom, ¿a qué te refieres?

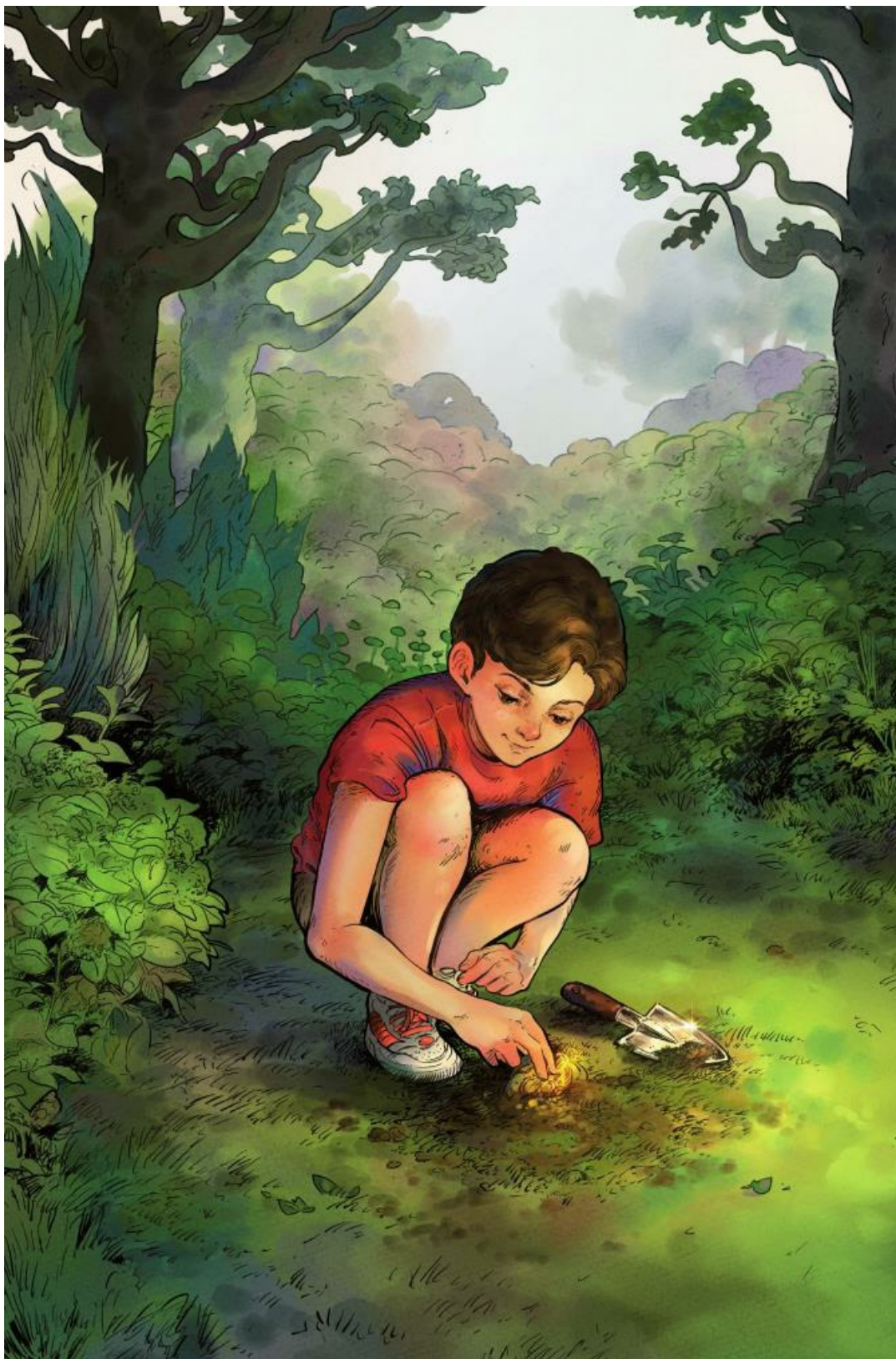
Pero a su hermano, que ya estaba atravesando el campo de césped a toda pastilla, no le quedaba aliento para contestarle.

—¡Está por aquí, en algún sitio! —gritó mientras cavaba en un parterre, completamente a la vista de todas las casas.

—¡Tom! ¡Ya sabes que te van a castigar como Charlie Green te vuelva a pillar cavando!

—¡Me da igual! ¡Me da igual! —gritó el niño, que se había puesto a cuatro patas y estaba lanzando tierra en todas direcciones, igual que lo haría un animal desesperado.

Entonces, prácticamente sin esperarlo, apareció. Casi en el lugar exacto en el que pensó que estaría. Con la sonrisa más rebotante del mundo, Tom se inclinó y cogió entre los dedos índice y pulgar un estropeado bolsito de tela y lo sacó de la tierra. Era el mismo que había desenterrado a principios del verano y del que se había deshecho después.



—¿Qué es eso? —preguntó Stella.

—¡Míralo! —exclamó el chico con orgullo—. Es el suyo. Es el monedero de la señora Gladstone. El que dijeron que le habían robado. Cuando lo desenterré el otro día, creí que era el bolso de una muñeca. —A continuación, colocó el monedero en la palma de su mano—. Mira... ¡ahí!

La niña entornó los ojos y se acercó para ver mejor la tela desgastada. Apenas se podían leer las dos iniciales. La primera le resultó imposible de descifrar, pero si observabas la segunda con atención, se parecía a una elaboradísima «G».

—La «G» de Gladstone —susurró Tom—. ¡Seguro que Crawley cogió el dinero y luego lo tiró en el jardín!

—¿Otra vez estáis desenterrando las toperas?

Un silencio inquietante saturó el aire. Los dos hermanos se quedaron petrificados durante un segundo y, al final, se giraron para encontrarse con la mirada amenazante de Charlie Green. Inmediatamente después, las pupilas del jardinero recayeron en el monedero que seguía en la palma de la mano de Tom. A Stella le pareció que sus ojos se iluminaban durante una milésima de segundo, pero, entonces, el hombre volvió a mirar al niño.

—Bueno, lo digo en serio, este es el último aviso que te doy, joven Tom. Como sigas cavando en este jardín, haré que te castiguen. —Y, con una mirada desprovista de cualquier emoción, se alejó con fuertes pisadas.

—¿Por qué este hombre siempre la tiene tomada conmigo? —preguntó el chico, furioso.

Stella se quedó observando al jardinero mientras este se alejaba a la vez que se enroscaba un mechón de pelo en el dedo.

—¡Tom! ¿Crees que Charlie Green también sabe de la existencia del túnel del tiempo?

De pronto, al niño se le salieron los ojos de las órbitas.

—A lo mejor se lleva a Harry cada vez que baja —continuó ella—. ¡No me extraña que la pobre señora Moon haya perdido la cabeza!

Tom clavó la mirada a lo lejos y pensó en las veces que se había topado con Charlie. De pronto, le pareció que las piezas del complicado rompecabezas comenzaban a encajar.

—¿Sabes? Existe la manera de que indagemos un poco más —le dijo Stella en tono alegre.

—¿Cómo? —murmuró su hermano, que estaba intentando ordenar sus pensamientos.

—¡Con la señora Moon, claro está! Charlie siempre va a tomar el té con ella. ¡Creo que deberíamos hacerle una visita!





15

El té de las cinco

Al día siguiente por la tarde, los niños llamaron a la puerta del patio ajardinado de la señora Moon.

—¡Buenos días, Tom y Stella! ¡Me alegro de veros, queridos!

Con la ayuda de su bastón, la anciana salió al patio. Era raro lo alerta que podía mostrarse algunos días en comparación con otros. Su madre les había contado que la mujer sufría una enfermedad que hacía que a veces se le olvidasen las cosas y las personas, así que se alegraron de haberla pillado en un buen día.

—Hemos venido a ver si Harry había vuelto ya —dijo Stella en tono cortés.

Tom asintió con entusiasmo. El perro había desaparecido un poco antes ese mismo día.

—¡Es único, ¿a que sí?! —exclamó la señora Moon—. Se fue esta mañana, pero seguro que esta noche ya ha vuelto. ¡Recordad mis palabras! —Y les guiñó el ojo en broma—. Nunca se olvida de que este día hay cordero, ¿sabéis? —Los niños le sonrieron y a la mujer se le escapó una risita—. ¿Teníais idea de que los vecinos de al lado, los Williamson, están convencidos de que tiene dos casas? ¡Seguramente tengan razón!

—¿Charlie trabaja hoy? —preguntó Tom de pronto.

La señora Moon bajó la vista al suelo mientras cruzaba el patio para dirigirse a paso lento hasta una silla de forja, debajo de una pequeña higuera.

—Por favor, queridos, tomad asiento —les pidió, y les señaló un banco de madera con el bastón—. Mis piernas ya no son tan fuertes como antes. Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, Charlie. No, mis niños. Los viernes no viene. ¿Habéis perdido algo en el jardín, queridos?

—¡Oh, no! —exclamó Tom, y se puso colorado.

—Señora Moon, ¿dónde vive Charlie? —le preguntó Stella, que estaba yendo con pies de plomo.

—De camino a Kilburn, cariño. A unos tres kilómetros de aquí. —Pareció vacilar un momento—. Ya sé que es un poco cortante con vosotros, los más pequeños, pero no lo hace con mala intención. Él vive por y para el jardín.

La mujer respiró hondo y se puso a contemplar los árboles que se alzaban más allá del patio.

—¿Adónde cree Charlie que va Harry? —continuó la niña.

Acto seguido, se metió un caramelo de grosellas negras en la boca y siguió la mirada de la señora Moon.

La anciana les dedicó una sonrisa vacía y negó con la cabeza. En ese momento, al ver el brillo que apareció de pronto en los ojos de la mujer, Stella se arrepintió de haber hecho ese comentario.

—¿Os apetecen unas galletas, queridos?

Tom, que siempre tenía hambre, asintió con entusiasmo.

La señora Moon volvió a ponerse de pie con la ayuda del bastón.

—¿La ayudo en algo? —le preguntó la niña, que se levantó de un salto de su asiento.

—No, cariño, no.

La anciana chasqueó la lengua y negó con la cabeza. De pronto parecía exasperarla lo débil que se encontraba.

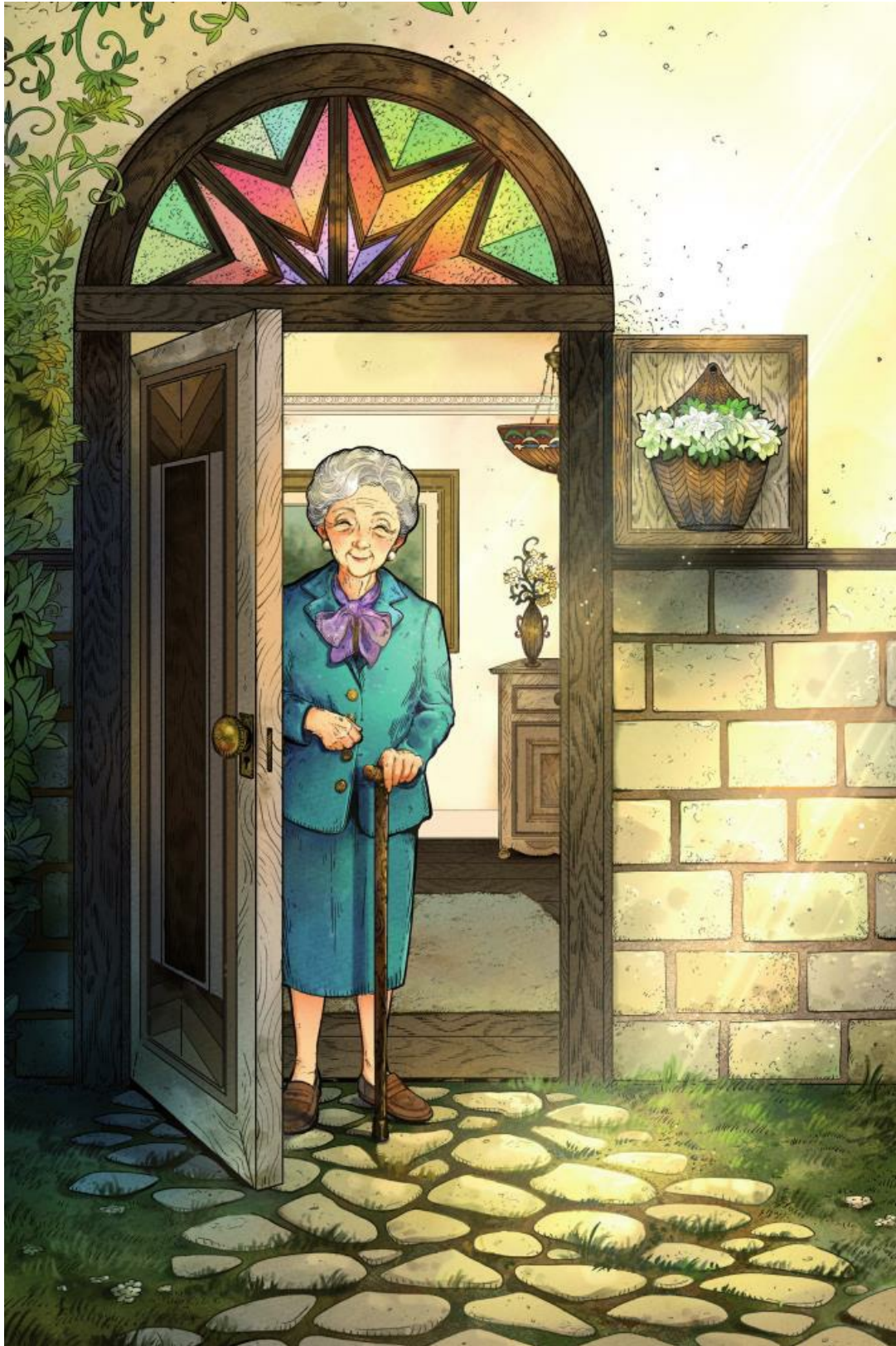
—Vosotros esperad aquí, queridos. Vuelvo en un segundo.

Los niños observaron en silencio a la señora Moon mientras cruzaba lentamente el patio apoyándose en su bastón, y les dio la impresión de que iba susurrando algo para sus adentros.

Esperaron sentados educadamente a que la anciana volviera durante unos largos cinco minutos. De hecho, estaban comenzando a pensar que se había olvidado de ellos cuando la mujer apareció en el umbral de la puerta.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Tengo visita! ¡Qué alegría veros, mis niños!

Un silencio incómodo saturó el ambiente cuando la señora Moon dio un paso adelante y dedicó a los chicos una mirada vacía. Stella se quedó helada. La mujer los estaba mirando de la manera más extraña posible. De pronto, de la barriga de Tom salió un rugido atronador. La niña se aclaró la voz a modo de reprimenda justo cuando la anciana salió de golpe del trance.



—¡Santo cielo! —exclamó la señora Moon—. ¿He entrado a por algo? Juraría que...

—¡Las galletas! —le contestó Tom en tono serio.

Se moría de hambre y, lo que era más importante, mataría por un refresco. Su hermana le dio un codazo tan fuerte en las costillas que dio un respingo.

—¿Te apetece una galleta, cariño? Oh, claro, eso suena bien. ¿Os habéis mudado al jardín? Supongo que no habréis visto a mi perro, ¿no? Se llama Harry. Suele escaparse, ¿sabéis? A veces está fuera hasta cuatro días.

De pronto, las lágrimas brotaron de los ojos de la anciana.

Stella se puso de pie.

—No, señora Moon, no hemos visto a Harry —le contestó en tono amable. Luego tomó a la mujer del brazo y la ayudó a sentarse—. Pero seguro que vuelve esta noche. ¡Hay cordero para cenar! ¿Lo sabía?

—Ay, Dios mío, ¿hoy es viernes? —les preguntó la anciana, y Stella asintió—. ¡Qué chica tan lista! Bueno, encantada de conocerte, cariño. Siempre me alegra ver caras nuevas por el jardín. Creo que debería ir ya a tumbarme. Me canso muchísimo últimamente. Id a jugar ahora y volved mañana, ¿vale? Mañana estaré menos cansada. Bueno, ¡adiós, queridos!

La mujer no dejó de asentir y sonreír mientras los niños salían del patio.

—Oh, vaya, ¡ha sido una pérdida de tiempo! —exclamó la niña cuando dejaron atrás la puerta de la señora Moon.

—Es tan dulce... —comentó su hermano—. ¿Cómo puede ser Charlie Green tan mezquino como para alejar a Harry de ella?

—No sabemos si eso es verdad, Tom —le contestó Stella—. Solo era una idea.

El niño se paró en seco y la miró con el ceño muy fruncido, pero, al oír el eco del ladrido de un perro en el jardín, el hilo de sus pensamientos se desvaneció.

—¡Mira! ¡Ahí está Harry! —chilló la chica.

El perro estaba cruzando el campo de césped como una bala y se dirigía hacia ellos. Pasó a la velocidad de la luz entre los dos y unas gotas de agua helada les salpicaron las espinillas.

—¡Harry! —le gritó Tom.

Pero el animal no se paró. La señora Moon llevaba razón con lo del cordero.

A los dos segundos, los niños tuvieron la misma idea. Sin perder ni un momento, salieron corriendo hacia la Isla, se metieron dentro de la azalea y gatearon lo más rápido que pudieron. Pero solo consiguieron acabar decepcionados, porque no encontraron el túnel por ninguna parte.



A la mañana siguiente, Charlie Green llamó por teléfono para decir que la señora Moon se había puesto peor, que había avisado a un médico y quería saber si su madre podría quedarse una hora acompañándola un poco más tarde.

Inmediatamente después, saltaron todas las alarmas en la cabeza de Tom. Aquello era una estratagema. Charlie debía haberse enterado de que habían estado haciendo preguntas sobre él y no quería que volvieran a hablar con la anciana. Pero, ¿por qué?

—Stell, Charlie Green va a por nosotros —le comentó a su hermana en cuanto su madre salió de la habitación—. ¡Está intentando que no nos acerquemos a la señora Moon para que no le contemos lo de Harry y el túnel del tiempo! ¡A lo mejor hasta la ha drogado!

La niña se tocó las uñas pintadas de azul, sumida en sus pensamientos.

—Ay, Tom, no sé. Es una mujer muy mayor y, además, está enferma. ¡Ya has visto cómo se pone!

Más tarde aquel mismo día, su madre volvió de la casa de la señora Moon para confirmar que la anciana estaba en cama, descansando, y que estaría al cuidado de una enfermera las veinticuatro horas durante los próximos días.

—¡Al parecer no ha estado comiendo mucho! ¡Y comer es muy importante a su avanzada edad!

—Pero ¿qué edad tiene? —preguntó Tom.

—El día que nos mudamos aquí, me dijo que tenía ciento cinco años —le contestó su madre con una risita—, ¡pero creo que tenía uno de esos días en los que está un poco confusa! Eso sí, no puede andar lejos de los cien. ¡Y eso significa que tiene casi tantos años como estas casas!

El niño miraba a su madre sin verla mientras intentaba imaginarse cómo sería vivir cien años, pero se agotó solo de pensarlo. ¡No le extrañaba que la anciana estuviese metida en la cama!

Pasó toda una semana antes de que la señora Moon estuviese lo bastante bien como para poder recibir visitas. No hace falta decir que Tom y Stella se pusieron eufóricos cuando los llamó para invitarlos de nuevo a su casa.





16

La siguiente visita

El primer día de septiembre llegó acompañado de cielos grises y una brisa gélida, atípica para esa estación. Así que los niños esperaron helados en la puerta trasera de la casa de la señora Moon. El patio ajardinado no tenía nada que ver con el lugar bañado por el sol en el que habían estado sentados una semana antes.

La cara de la anciana se iluminó en cuanto abrió la puerta.

—¡Tom! ¡Stella! ¡Qué alegría me da veros, queridos! ¡Pasad dentro, vamos! ¡Cómo sopla el viento aquí fuera!

Los chicos se apresuraron a entrar en la cocina de la señora Moon. La anciana había recuperado el vigor, y era la primera vez que la veían caminar a un paso tan ligero. Sin más dilación, los guio por el pasillo para llevarlos hasta la salita de al lado, que estaba atestada de muebles oscuros, algunos cubiertos con tapetes de ganchillo. En una esquina, una preciosa lámpara de pie bañaba la habitación con una cálida luz amarilla, mientras un hombre de gesto sombrío observaba a los niños con ojos suspicaces desde el enorme retrato que colgaba sobre la chimenea.

La mujer alzó la vista para seguir la mirada de los chicos mientras descansaba apoyada en su bastón.

—¡Ay, mis niños, no os preocupéis por él! —exclamó con una risita—. ¡Solo es Edward!

Tom y Stella cogieron cada uno una silla y tomaron asiento.

—¿Quién es Edward? —le preguntó la niña a la vez que acomodaba el cojín de terciopelo sobre el que estaba sentada.

La señora Moon se sentó con cuidado en una silla rígida, delante de la chimenea.

—Mejor así —dijo—. ¿Sabéis? ¡Estoy segura de que puedo salir de esta! Ah, sí, Edward Moon, cariño. Mi último marido. Era un hombre encantador. —Y volvió a reírse para sus adentros—. ¿Sabéis? Solía hacer bromas sobre ese cuadro. ¡Siempre decía que el joven artista tuvo que pillarlo en un mal día! —La mujer se quedó un momento pensativa y, al final, se llevó una manita arrugada a la boca—. ¿O era al revés? Santo cielo, ¡parece que lo he olvidado por completo!

—Está muy bien pintado —le contestó Stella, en un intento de hablar igual que lo haría su madre.

—Bueno, claro, sí, querida. En fin, ya está bien de Edward. Qué agradable es poder veros por fin, ¡especialmente después del disgusto tan tonto de la semana pasada!

—¿Qué disgusto? —le preguntó Tom con tono inquisitivo.

La chica puso los ojos en blanco.

La señora Moon le dedicó una sonrisa.

—Bueno, ya sabes, cariño, para nada se puede decir que fuese yo misma. Toda esa confusión... De todas formas, parece que el doctor Brown me ha arreglado, y Charlie estuvo brillante, como siempre.

El niño entornó los ojos.

—Me encuentro muchísimo mejor —continuó la anciana—. Tienen una medicina tan maravillosa hoy en día. Queridos, ¿os apetece un zumo? ¿De manzana o de naranja?

—¡De naranja, por favor! —le respondió Tom, mientras la mujer se levantaba lentamente de su asiento.

—Sí, gracias —añadió Stella.

Después de la última visita, no quiso ofrecerle su ayuda, así que, en lugar de eso, se puso a mirar con asombro los preciosos cuadros y demás objetos que abarrotaban el salón de la señora Moon.

En cuanto la anciana desapareció para ir a la cocina, el chico alzó las cejas con gesto pícaro. Entonces, para angustia de Stella, se levantó de un salto y comenzó a deambular de una mesa a otra toqueteando el despliegue de fotografías enmarcadas en plata, baratijas y adornos que ocupaban todas las superficies. Siempre había soñado con cosas como esas: ¡una verdadera colección de tesoros ante sus propios ojos!

—No toques nada —le regañó la niña en voz baja.



Oyó a la señora Moon haciendo algo en la cocina, justo al lado. Pero Tom hizo lo típico de Tom: no hacer caso. Cuando terminó su circuito por la salita, le dedicó a su hermana una sonrisa insolente y desapareció por la otra puerta.

Stella se acababa de levantar de un salto para ir a por él cuando la anciana volvió a aparecer tirando de un enorme carrito. En la balda de arriba descansaba una tetera de plata, una jarrita para la leche con un estampado de flores azules, una taza de té sobre un platito y dos vasos de zumo de naranja. En la de abajo había un gigantesco plato de plata que estaba a rebosar con un surtido de galletas.

—¡Tom! —gritó la niña furiosa, sin poder apartar la vista de las galletas.

Acto seguido, recobró la compostura.

—Perdone a mi hermano —se disculpó, y le dedicó una sonrisa cortés a la señora Moon—. Siento decirle que es bastante fisgón.

Entonces, el niño apareció en el umbral de la otra puerta aparentando estar extrañamente avergonzado.

—¡Tom! ¡Ya veo que has encontrado mi habitación! —le dijo la anciana mientras cogía el plato de galletas—. ¿Has visto algo interesante, querido? —Y le guiñó el ojo en broma.

El niño le sonrió, incómodo, y se sentó. Sus mejillas, normalmente rosadas, estaban blancas como la pared, y, mientras cogía una galleta con glaseado rosa, la niña no pudo evitar sonreír por el hecho de que hubiesen pillado a su hermano por una vez.

—¿Te apetece una galleta, cariño?

—No, gracias —le contestó Tom con un hilo de voz.

Stella casi se atraganta con el zumo de naranja. ¡Nunca había visto a Tom rechazando una galleta!

Todos se quedaron un momento pensativos. Entonces, el niño volvió a hablar.

—¿Dónde está Harry, señora Moon? ¿Y Charlie Green?

Se había puesto a la defensiva y, obviamente, no le importaba un comino que a la anciana le diese un infarto por su culpa.

Su hermana carraspeó, impaciente, y luego contuvo la respiración, ante la expectativa de lo que pudiese pasar.

—¡Ah, sí, querido, Harry!

La señora Moon se inclinó hacia delante en su asiento con una extraña sonrisa en la cara y, luego, se sirvió una taza de té con una mano temblorosa. Se recostó, le dio un sorbo a la taza y después la soltó con decisión en el platito. Los dos hermanos se llevaron un sobresalto cuando oyeron el retumbo del golpe contra la porcelana. La anciana se aclaró la voz y, en ese momento, Stella supo que iba a anunciar algo.

La niña le dio un buen bocado a su galleta e intentó mirar más allá de la señora Moon para que pareciera que no estaba muy interesada en lo que fuese a decir. Al hacerlo, clavó la vista en un antiguo arcón cubierto con una tela blanca de encaje que descansaba en el suelo, junto a la silla en la que estaba sentada la anciana. La mujer comenzó a hablar, pero Stella no podía apartar la vista de aquel mueble de apariencia incierta, y cuanto más lo miraba, más se le aceleraba el corazón.

La señora Moon comenzó a decir algo sobre Harry y Charlie, pero, cuando la niña quiso darse cuenta, ya no estaba escuchándola. Ahora le ardían las mejillas. Tenía una vista bastante buena, pero con aquella tenue luz amarillenta no estaba segura de lo que estaba viendo.

La cabeza le daba vueltas cuando se terminó el zumo de naranja de un trago y soltó el vaso en el carrito que tenía delante con un golpe seco.

—¿Hay más zumo? —preguntó de pronto.

Se hizo un silencio incómodo en la sala y Stella notó que se le estaban poniendo las mejillas moradas. Entonces, le dedicó a la anciana la sonrisa más amplia que pudo. Aquella grosería no era propia de ella, pero tenía que echarle un vistazo a aquel arcón.

Con cara de sorpresa, la señora Moon comenzó a levantarse de la silla.

—Pues claro que sí, querida. Tom, por favor, ayúdame a ponerme de pie.

—¿Voy yo a por él? —le ofreció el niño en tono cortés.

La niña observó a su hermano sin salir del asombro. Primero había rechazado las galletas. ¡Ahora se ofrecía a ayudar a alguien! Exactamente, ¿qué mosca le había picado en los últimos cinco minutos?

—No, no, querido. Yo puedo —le respondió la señora Moon con amabilidad—. Tú siéntate. Vuelvo enseguida.

—¡Ey, Stella!

El chico apenas podía contenerse, pero la niña no lo escuchó. Ya había llegado al lado del arcón.

—¡Mira, Tom! ¡Mira! —susurró emocionada.

Aunque estaban desgastadas por algunas partes, las letras doradas se leían con bastante claridad. Y, aun así, mientras respiraba lo más hondo que podía, Stella casi no podía creerse lo que estaba leyendo. Pero ahí estaba, claro como el agua: «Señorita S. E. Gladstone».

Tom no tardó ni un segundo en llegar al lado de su hermana y, cuando se agachó y leyó aquellas palabras, una enorme sonrisa se le dibujó en la cara.

—¡Sophie Gladstone! —exclamó la chica entre susurros—. ¡La señora Moon tiene que ser Sophie!





Desenmascarada

—Santo cielo, queridos, ¡ya veo que os habéis adelantado a mi historia!

Los niños dieron un salto del susto. La señora Moon estaba en el umbral de la puerta con el vaso de zumo de naranja de Stella. Tenía una extraña sonrisa en la cara y los observaba con una mirada vacía. Entonces, la niña lo recordó. Así fue como los había mirado el día que estuvieron en el patio ajardinado. Una mirada que en el momento le resultó familiar, pero que había enterrado en su mente.

—¿Sophie Gladstone? —le preguntó, incapaz de creerlo—. ¿Su nombre real es Sophie Gladstone?

La cara de la señora Moon se iluminó de pura diversión.

—¡Oh, válgame Dios, no! —exclamó entre risitas—. ¡No, queridos! ¡Mirad! —Su cara rebosaba alegría a medida que les señalaba con el bastón un segundo baúl que descansaba en la esquina del fondo, junto a la ventana—. ¡Ese es el mío! ¡Ahí, mis niños!

Stella cruzó lentamente la sala para acercarse al arcón mientras el corazón le martilleaba el pecho. Cuando se puso en cuclillas y levantó con cuidado la tela blanca, una cortina de lágrimas le nubló la vista. Pero, por supuesto, eso no importó nada.

Ya sabía lo que querían decir las letras. Hizo una breve pausa, se secó los ojos y, con la voz temblorosa, leyó el nombre en voz alta:

—Señorita E. M. Gladstone.

La señora Moon dejó el vaso de zumo de naranja en el carrito.

—Eso es, queridos —comenzó en tono amable—. Yo soy Emma Gladstone, la pequeña Emma que conocisteis cuando viajasteis por el túnel del tiempo. —Luego negó con la cabeza y respiró hondo mientras los ojos le empezaban a brillar—. Santo cielo, ¡parece que hace tanto tiempo!

La niña se puso de pie e intentó mirar en el interior de la anciana para buscar alguna señal de Emma.

De pronto, la mujer sonrió a Tom y le guiñó el ojo.

—Él ya lo había adivinado. ¿No es verdad, cariño?

Para sorpresa de su hermana, el niño le dedicó una sonrisa triunfante. Entonces, se giró hacia él, incrédula.

—Pero ¿cómo, Tom? ¿Cómo es posible que lo supieras?

La señora Moon señaló con la cabeza la puerta por la que el chico había desaparecido poco antes.

—¡Tom el imparable! —exclamó sin poder aguantar la risita—. ¡Debería haber sabido que entraría ahí a husmear! Ve ahora, cariño. Enséñaselo a tu hermana mayor.

Cuando Stella entró en el dormitorio detrás del chico, se le pusieron los ojos como platos. Unos cuadros gigantescos en marcos dorados cubrían cada centímetro de las paredes, y en todos se leía el apellido «Gladstone» en las placas de color bronce que había en la parte de abajo. Aunque Tom no reparó en esos cuadros. En lugar de eso, y bajo la solemne mirada de varios miembros de la familia, rodeó a grandes pasos la cama para llegar al fondo de la habitación. Allí, colgado encima de la chimenea, el lugar más importante de la sala, descansaba el cuadro más pequeño con diferencia.

Cuando Stella se acercó, vio que en él aparecía una niña con el pelo oscuro y un perrito en brazos. «E. M. Gladstone», se leía en la placa colocada en la parte de abajo. Era el mismo cuadro que vieron en el comedor de los Gladstone cuando viajaron por el túnel del tiempo.

—Emma Margaret Gladstone —dijo la señora Moon desde el umbral de la puerta—. Y Harry, por supuesto. ¡Mi queridísimo Harry! Ahora venid. Sentaos otra vez. Tengo muchísimo que contaros.

Cuando salieron del dormitorio, Stella tenía un millón de preguntas en la cabeza. ¿Aquella anciana podía ser en realidad Emma? ¿Era posible que siguiera viva después de tanto tiempo? Si era ella, ¿qué hacía viviendo en otra casa del jardín? Y ¿qué tenía que ver Charlie Green con todo esto?



Los niños volvieron a tomar asiento.

—Bueno, queridos —comenzó la anciana, que hablaba masticando las palabras—. Creo que os debo una explicación. —Luego sonrió y miró a los dos chicos a los ojos—. ¡Seguro que os habéis estado preguntando si vuestra aventura no fue más que un sueño tonto!

Los hermanos asintieron sin decir nada.

—Pues, queridos míos, puedo aseguraros que no lo fue. —A continuación, negó con la cabeza y soltó una risita—. ¡Nunca olvidaré el día que Harry os encontró detrás de aquel arbusto, cuando estábamos dando la clase al aire libre con la señorita Walker! Y, Tom, ¿recuerdas la cara que puse cuando Jack cayó del conducto de la chimenea?!

El niño solo pudo sonreír y asentir mientras notaba que se le estaba formando un nudo en la garganta.

—¿Sabéis? Estaba segura de que sería mi buena amiga Lucy —continuó la señora Moon—. Preparadísima para ir a buscar a los topos. ¡Qué susto me llevé! Pero, ay, ¡vaya aventura!

Y, en ese momento, cuando los ojos de la anciana comenzaron a brillar, Stella pudo verla. La delicadeza con la que el tiempo había dejado su marca en su carita pálida. La cara de niña seguía ahí. Los redondos ojos oscuros con hambre de aventuras. Era cierto, aquella era Emma. Su espíritu jovial nunca la había llegado a abandonar; simplemente lo había enterrado cuando se hizo mayor.

—Siento que tuviésemos que irnos —le dijo la niña con un hilo de voz—. De verdad que queríamos que vinieras con nosotros, ¿sabes?

—Oh, no te preocupes por eso, mi vida —le contestó la anciana en tono alegre—. ¡Que sepáis que mi aventura no acabó ahí!

Tom y Stella se incorporaron en sus asientos, sorprendidos, y la mujer les dedicó una sonrisa traviesa.

—Veréis, queridos: dos días después, ¡Lucy y yo fuimos por fin a la caza de los topos! Por supuesto, le hablé de vosotros dos y del túnel del tiempo. Estaba como loca por venir aquí y volver a visitaros. A ella fue a la que se le ocurrió que deberíamos buscar el túnel lo antes posible. —Los ojos de la anciana volvieron a encenderse—. ¿Y sabéis qué, chicos? —Y se llevó la mano al pecho como si fuese una jovencita entusiasmada—. Los topos bailaron para nosotras... ¡Cruzamos el lago a remo y encontramos el túnel!

Tom se inclinó tanto hacia delante que casi se cae de la silla.

—¿Adónde os llevó? —le preguntó Stella.

Aguantó la respiración, sin apenas atreverse a imaginar qué sería lo siguiente que escucharía.

—Bueno —le contestó la señora Moon recostándose en su asiento—. Yo esperaba que pudiéramos visitaros en el mismo tiempo del que habíais venido, pero, en lugar de eso, ¡salimos al jardín en una época incluso más allá del presente!

La niña se tapó la boca justo cuando la silla de Tom se desplomó contra el suelo tras de él.

—¡Guau! ¿Visteis alienígenas y esas cosas? —gritó mientras gateaba para ponerse de pie.

Su hermana le lanzó una mirada impaciente, mientras la anciana sonreía y miraba por la ventana.

—¿Sabéis qué, mis niños? El jardín seguía siendo el mismo lugar encantador y feliz de siempre, rebosante de la risa y la alegría de los niños.

Luego respiró hondo y se quedó mirando a los chicos.

—Señora Moon... ¿qué encontró? —le insistió Stella nerviosa.

La mujer dudó un momento, pero después sonrió.

—Bueno, lo único que os diré es que ¡no me cabe duda de que los dos disfrutaréis del jardín durante muchos años más!

La niña se mordió el labio inferior e intentó entender lo que acababa de confiarles la anciana. ¿Quería decir que volverían a ver a Emma en el futuro? De alguna manera, supo que no podía preguntarlo.

—Pero, después de todo, volvisteis a casa, ¿no? —quiso saber.

—Ah, sí, por supuesto que sí, mi vida. Pero nos metimos en un montón de problemas, ¿sabes?

Tom y Stella se inclinaron hacia delante, impacientes por saber más.

—Veréis, ¡pasamos tres días fuera! Llamaron a la policía y, al final, nos insistieron tanto que les contamos nuestra historia. Por supuesto, nadie nos creyó, y tampoco podíamos probarla. Mi padre nunca llegó a perdonarme que le hiciese quedar como a un tonto. Salió en todos los periódicos.

Una ola de pena inundó la cara de la señora Moon, pero desapareció tan rápido como llegó.

—Cuando me fui de casa y conocí a Edward ya había empezado a usar mi segundo nombre, Margaret.

—Pero ¿por qué? —quiso saber la chica.

—Bueno, ya sabes, todo el mundo al que conocía y con quien había crecido parecía incapaz de olvidar la historia de Emma Gladstone y el túnel del tiempo, y al final se volvió algo agotador.

La anciana alzó la vista para volver a mirar el cuadro.

—Edward murió hace veinte años. No tuvimos hijos, y fue entonces cuando decidí volver a mudarme al jardín. Que hayan dividido las casas en pisos me resultó muy conveniente. Y me encanta vivir aquí.

—Pero ¿qué hay de Harry? —le preguntó Stella de pronto.

La señora Moon se rio entre dientes.

—¡Claro! ¡Mi queridísimo Harry! ¡Era de él de quien estábamos hablando desde el principio! Bueno, me regalaron a Harry cuando era un cachorro por mi quinto cumpleaños. Vivíamos el uno para el otro. Mi madre pintó ese cuadro justo después de que llegase a casa. Lo eché de menos con toda mi alma cuando murió.



Para sorpresa de los niños, una sonrisa infantil se dibujó en la cara de la anciana.

—Pero, entonces, ¿sabéis qué, chicos? Unos días después de mudarme al jardín, ¡Harry volvió!

—¿Volvió? —exclamaron.

—Yo casi no me lo creía —les explicó la señora Moon sin poder aguantarse la risilla—. Mirad, un día me levanté temprano y salí a dar un paseo por el jardín. Desde que se murió Edward, siempre me levantaba temprano. Y, entonces, ¡volvieron a aparecer de la nada! ¡Los topos! —La anciana frunció el ceño y chasqueó la lengua—. Se desvanecieron tan repentinamente como aparecieron, así que, como es natural, pensé que me lo había imaginado

todo. Pero, entonces, cuando estaba volviendo a mi piso, apareció corriendo por el césped. Empapado de la cabeza a las patas. No había duda de que era Harry. ¡Lo habría reconocido en cualquier lugar!

A Stella se le pasaron varios pensamientos confusos por la mente mientras intentaba asimilar lo que acababa de escuchar.

—Señora Moon, ¿nos está diciendo que su Harry de este tiempo es el mismo Harry que tenía cuando era una niña?

—¡Exacto, querida! —le respondió la anciana, rebotando de alegría—. Y, ¿sabéis?, ¡eso le da mucho más sentido a todo! —Miró hacia fuera, a los jardines—. Las idas y venidas de Harry no me preocuparon al principio. Sabía que tenía que haber encontrado un camino para viajar entre el pasado y yo. A lo mejor los topos se muestran a los animales con más facilidad, ¿quién sabe? «¡Se ha ido a ver a la versión más joven de mí!», solía bromear los días que recordaba las cosas con claridad. Veréis —continuó—, yo creo que Harry no quiere que envejezca sola a esta edad, y por eso sigue viniendo a verme. Eso también explica sus ausencias cuando era niña.

Entonces, la mujer bajó la mirada.

—Pero, como ya sabréis, queridos, la edad juega malas pasadas. Ya tengo más de cien años, y mi memoria viene y va por días. Eso significa que no siempre me acuerdo de Harry ni de nuestra aventura.

—¡Guau! —exclamó Tom, radiante de la admiración que sentía por la anciana.

Ella continuó:

—¿Sabéis qué? Me pregunto si los topos tendrán algo que ver con mi longevidad y la de Harry. Veréis, vivió hasta los dieciséis años. ¡En aquella época, eso era todo un récord!

Stella la observó sin poder decir ni una palabra del asombro. Puede que lo que la señora Moon le contó a su madre sobre su edad fuese verdad después de todo.

La anciana hizo una pausa y luego les lanzó a los niños una extraña sonrisa.

—Tom, Stella, quiero que sepáis que ahora soy feliz. Creo que es posible que Harry haya vuelto con la joven Emma para siempre, para vivir su vida tranquilo. Por eso quería hablar con vosotros antes de que fuese demasiado tarde.

La niña intentó tragar saliva con todas sus fuerzas, pero se le había formado un nudo en la garganta. ¿La señora Moon les estaba diciendo que estaba a punto de morir?

La anciana se inclinó hacia delante y señaló con una mano frágil una mesilla.

—Stella, mira ahí dentro.

Lentamente, la chica se levantó de su asiento y tiró del cajón de caoba. Su pulsera de la amistad, cuyos hilos de algodón se habían desgastado y descolorido por el tiempo, descansaba sobre una pila de servilletas blancas dobladas. Inclinó la cabeza en un intento de esconder las lágrimas al recordar las palabras de Hannah.

—Creo que deberías quedártela, cariño —le dijo la anciana con una sonrisa amable.

De pronto, Tom dio un salto.

—Señora Moon —soltó—, ¿qué tiene que ver Charlie Green con todo esto? ¿Él también ha bajado por el túnel del tiempo?

Stella le lanzó una mirada impaciente.

La señora Moon se recostó sorprendida.

—¡Dios mío, claro que no, querido! —Se rio la mujer entre dientes. Luego, hizo una pausa y se aclaró la voz—. Pero, ay, creo que ya sé por qué me lo preguntas.

Clavó la mirada en la alfombra durante unos segundos y luego alzó la vista para mirar al niño.

—Bueno, Tom, tengo que confesar que Charlie sí que sabe de la existencia del túnel del tiempo. Y que bajasteis por él... ¡De hecho, él lo sabía antes que vosotros!

Los dos chicos intercambiaron una mirada de incredulidad.

—Mirad, mis niños, con las idas y venidas de Harry empapado, sentí que tenía que explicárselo por si le impedía volver. Sea como sea, se portó maravillosamente bien. —Luego negó con la cabeza y sonrió—. ¿Sabéis? ¡Creo que solo me creyó cuando os mudasteis aquí! Desde que se lo conté, siempre ha sido muy protector con las toperas, y lo siento, Tom, si ha sido un poco frío con el tema.

—Pero ¿por qué no nos contaste que eras Emma? —le preguntó el niño.

En la cara de la anciana se dibujó una sonrisa.

—¿Cómo habría podido? Teníais que ir y rescatar a Jack. No me atrevía a interferir en eso. Y, luego, lo de mi memoria...

Un reloj de pie que descansaba entre las sombras dio la hora.

—Santo cielo, ¿ya es esta hora? —dijo la mujer nerviosa—. La enfermera Goodson llegará de un momento a otro. Tenéis que volver a casa, queridos.

Los tres se pusieron de pie, y la anciana los llevó lentamente hasta la cocina.

—Bueno, chicos, ¡ha sido maravilloso veros otra vez! —se despidió—. Y me alegro tanto de haber podido contaros mi historia por fin.

—Mañana volveremos a venir a verte —le contestó Stella radiante de felicidad—. Solo nos queda una semana de vacaciones.

Tom asintió en tono solemne mientras salían al frío día.

—Claro que sí, queridos. ¡Adiós, mis niños!

Y la señora Moon cerró la puerta.





18

El final de la travesía

Antes de que desayunaran a la mañana siguiente, la madre de Tom y Stella los llamó para que fuesen a la salita y contarles, con toda la delicadeza que pudo, la noticia de que aquella noche la señora Moon había fallecido en paz.

Los niños se quedaron mirando la pared que había tras su madre mientras intentaban asimilar lo que acababan de escuchar. Unas lágrimas de frustración brotaron de inmediato de los ojos de Tom. ¿Por qué, ay, por qué la señora Moon tenía que coger y morir ahora? Justo cuando su aventura acababa de volver a comenzar. Era demasiado para intentar entenderlo. Y estaba seguro de que, con la ayuda de la anciana, habrían podido encontrar el túnel y volver a viajar al pasado.

Stella permaneció sentada a su lado, en silencio. Estaba intentando imaginarse cómo sería morir o estar muerto. Sintió una extraña tranquilidad al enterarse de la noticia. Se alegró de que la señora Moon por fin estuviese descansando con su querido Harry. Al mismo tiempo, se le ocurrió que si volvían a bajar por el túnel, podrían revivir a la anciana y continuar con su aventura secreta en el caso de que consiguieran las fechas correctas. Luego, pensó en lo que les dijo la mujer. A lo mejor volvían a encontrarse en algún momento del futuro. Después de todo, eso fue lo que les dio a entender, ¿no?

Y, entonces, sin previo aviso, la realidad la golpeó. La señora Moon, Emma, se había ido. Lo más seguro es que nunca la volviese a ver.

—¿Qué hay de Harry? —preguntó entre susurros, mientras una lágrima tras otra resbalaba por sus mejillas.

Su madre se sentó y la estrechó entre sus brazos.

—No hay señales de él por ningún lado. Hace una semana que nadie lo ha visto. ¿Sabéis qué? ¡Yo creo que Margaret se ha ido a buscarlo!

Stella se tiró de un mechón del largo pelo rubio y comenzó a emitir un sollozo casi inaudible, mientras le daba vueltas a un montón de pensamientos inexpresables.



—Lo siento por Charlie —dijo la niña.

Era la mañana después del funeral, y los dos hermanos estaban observando, desde la distancia, al jardinero dar vueltas alrededor del cobertizo, como si estuviera matando el tiempo.

—De pronto parece que está tan solo... Mira, da la impresión de que se mueve mucho más lento que antes. Es como si ya nunca pudiese levantar la cabeza.

Tom frunció el ceño mientras miraba la hierba entre sus zapatos. Estaba decepcionado con Charlie Green y enfadado porque no les hubiera dicho que lo sabía.

—¡Viene hacia aquí! —musitó Stella de pronto.

Se puso de pie de un salto, y su hermano hizo lo mismo.

Charlie se dirigió hacia ellos con una bolsa de viaje en la mano y, cuanto más se acercaba, mejor veían los círculos oscuros que rodeaban sus ojos. Daba la sensación de que llevaba una semana sin dormir.

Tom, que notó que las mejillas se le enrojecían, clavó la mirada en el suelo. Stella tragó con fuerza. Cuando el jardinero se paró delante de ellos, quiso decirles algo, pero no sabía cómo hacerlo.

—Margaret era una señora maravillosa —comenzó el hombre en tono amable—. Y vosotros lo sabéis mejor que la mayoría, ¿no? —Luego les dedicó una cálida sonrisa y miró hacia la Isla—. Aun así, ya es feliz, con Harry y eso.

—Lo sé —le contestó la niña.

Los brazos le pesaban a ambos lados del cuerpo.

Charlie dio un paso adelante e inclinó la cabeza para dirigirse al más pequeño.

—Mi intención nunca ha sido ser hosco contigo, Tom. Solo era por los topos. Me preocupaba por ellos. Ya sabéis lo importantes que eran para ella... Y para Harry.

El niño le dedicó una sonrisa vacía e intentó evitar su mirada con todas sus fuerzas, pero, entonces, el jardinero le posó la mano suavemente en el hombro y una ola de amabilidad brotó en su interior y se llevó todo su enfado de un plumazo. De hecho, se descubrió mirando a Charlie con una sonrisa en la cara, por fin aliviado. Y, a pesar de todo, le resultó la cosa más natural del mundo.

—Bueno, se está haciendo tarde —dijo el jardinero mientras cogía su bolsa de viaje—. Ya es hora de irme. —A continuación, les sonrió y les guiñó el ojo de forma amistosa—. Y no os preocupéis por vuestro secreto. ¡Soy una tumba!

Después, se giró lentamente y se marchó a paso tranquilo.

Tom y Stella volvieron a sentarse y observaron al hombre desaparecer tras una esquina. La niña no podía borrar la sonrisa de la cara mientras giraba suavemente su pulsera de la amistad. Ya había comprado unos hilos nuevos y comenzaría a restaurarla antes de que empezara el colegio.

El pequeño se recostó en la hierba y miró al cielo a través de las gigantescas ramas de los árboles. Qué alivio tenía ahora que por fin se había liberado de la ira y la sospecha que sentía hacia Charlie desde que se mudaron al jardín.



Media hora después, fueron a casa a almorzar.

—El jardinero ha venido hace un ratito —les dijo su madre mientras servía la pasta en tres boles—. Ha dejado algo para vosotros ahí en la mesa. —Luego les sonrió y les guiñó un ojo—. Me ha dicho que es alto secreto ¡y que deberíais abrirlo en privado!

Acto seguido, el niño se lanzó como una fiera a por el paquetito marrón que descansaba en la mesa de la cocina y salió corriendo. Stella se fue pisándole los talones. Tom rasgó el papel y... ¡Pum! La linterna naranja de la niña, abollada y desgastada, cayó sobre la mesa del patio. La chica se llevó la mano a la boca, mientras que su hermano observaba la escena en silencio y con el corazón a cien por hora.

—¡Hay una nota! —chilló ella.

Tom le arrebató el trozo de papel. Al abrirlo, los pliegues formaron una cruz perfecta por donde el hombre lo había doblado en cuatro partes. Cuando los niños comenzaron a leer las palabras que tenían ante ellos, se quedaron petrificados.

Queridos Tom y Stella:

Debería haberos devuelto la linterna que le disteis a mi padre antes, pero siento decir que se me olvidó cuando la señora Moon cayó enferma.

Mi padre me contó toda la historia de cómo la había conseguido —¡fue toda una aventura! La gente solía llamarlo «Linterjack y su luz»—, y ¡hacía todos los trucos que os podáis imaginar con ella!

¿Sabéis que trabajó aquí cuando yo era un niño? Igual que mi abuelo antes que él. Así fue como conseguí conocer los jardines —¡y a los topos mágicos!

Voy a echar de menos a Margaret ahora que se ha ido. Me habría gustado hablarle más sobre mi familia cuando descubrí que era Emma Gladstone, pero no quería confundirla más. Aun así, espero haberla ayudado a pasar sus últimos días echándole una mano a Harry para que fuese y viniese por el túnel.

Bueno, mi tiempo aquí se ha agotado. Hay jardines más cerca de donde vivo que también necesitan atención. Ya no soy tan joven como antes, y seguro que me cuesta menos trabajar más cerca de casa.

Siento que no hayamos pasado más tiempo juntos. Aun así, ¡espero que continuéis disfrutando del jardín! Hacedme el favor de cuidar el uno del otro y... ¡proteged a los topos!

Charles Green

—¡Charlie es el hijo de Jack! —exclamó Tom en voz baja.

A continuación, tiró la nota al suelo y atravesó la puerta del patio como una bala para salir a los jardines.

—¡Charlie! ¿Dónde estás? —gritó—. ¡Charlie! ¡Charlie!

El nombre resonó por todo el jardín, trepó por los árboles y, durante un segundo, se convirtió en parte del todo.

—¿A qué demonios se debe todo esto? —preguntó su madre desde la puerta.

Stella cogió rápidamente la carta y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros.

—¡Es solo que Tom ha perdido un tornillo! —le contestó con una sonrisa.

Luego cogió la linterna de la mesa del patio y salió corriendo por la puerta para ir con su hermano. —Stella, se ha ido. Se ha ido.

Tom hizo todo lo que pudo para contener las lágrimas cuando volvió hacia su hermana.

La chica se quedó quieta y echó un vistazo a la Isla, al otro lado del campo de césped.

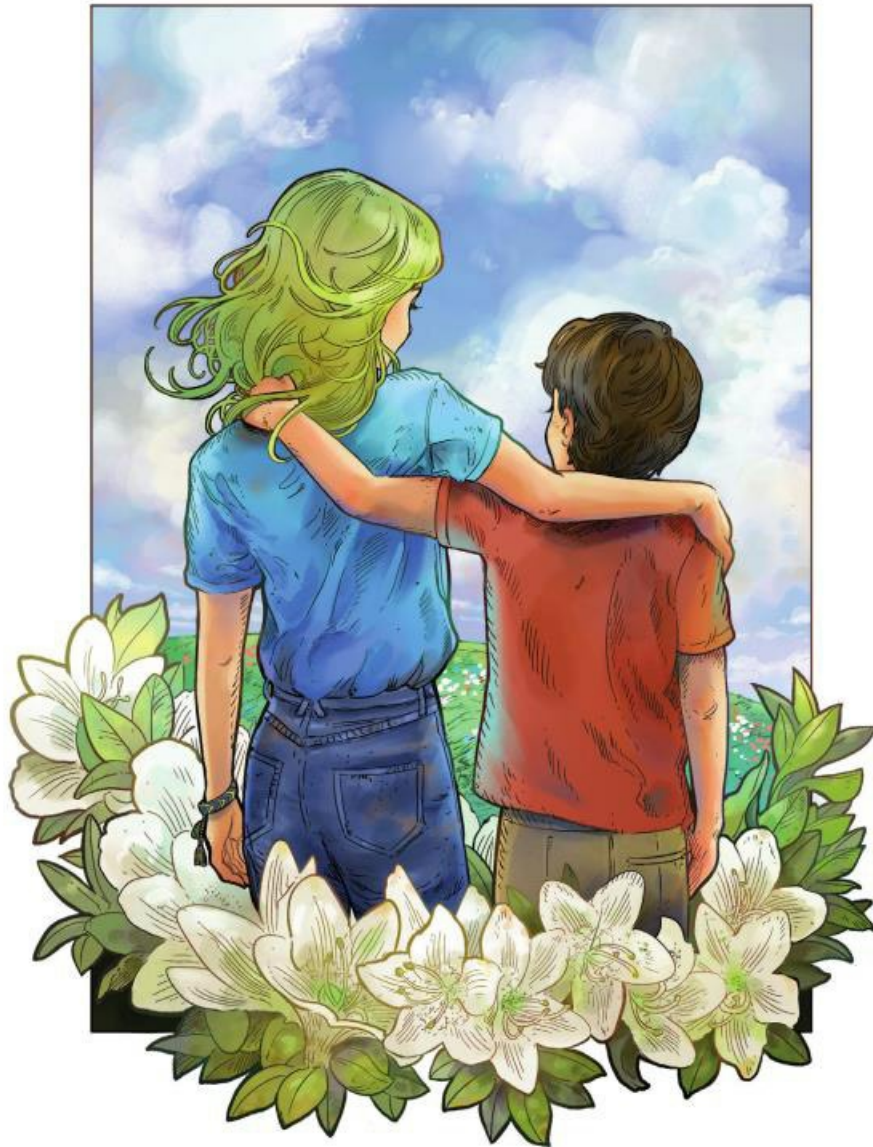
—Bueno —le dijo ella con una sonrisa—, al final teníamos razón con lo de que usaba el túnel, ¿no? Qué amable por su parte ayudar a Margaret de esa forma. ¡Es exactamente el tipo de acto típico de Jack!

El pequeño asintió y siguió la mirada de su hermana al otro lado de la extensión de hierba. Stella respiró hondo y suspiró.

—¡Al menos ahora estamos seguros de que todo aquello no fue un sueño!

Con una sonrisa de oreja a oreja, pasó el brazo por encima de los hombros de su hermano y lo abrazó con fuerza.

Tom se sentía sorprendentemente tranquilo cuando volvieron a casa. Sabía que aquel era el final de su aventura secreta y, pese a eso, de alguna extraña manera, le parecía un nuevo comienzo.



—¡Mamá! —exclamó rebotante de alegría cuando entró por la puerta de la cocina. Stella entornó los ojos y le dedicó una mirada para pedirle prudencia.

—Mamá, cuando sea mayor, voy a comprarte este piso y el de arriba y el de encima de ese. De hecho —continuó, con los ojos más abiertos a medida que las palabras salían de su boca—, va a ser mi casa. Con una chimenea de verdad y todo eso. ¡Igual que antiguamente!

A su madre se le escapó una risita.

—¿Qué, de todas las cosas posibles, te ha hecho pensar en eso, Tom?!

El niño le dedicó una sonrisa a su hermana y dibujó lentamente una inequívoca letra T en el aire.

Sin que su madre la viera, Stella se metió un caramelo Polo de lima en la boca y, mientras le entraba un cosquilleo en las orejas, le devolvió la sonrisa a su hermano. ¡Tom había tomado una decisión, y ya nada podría pararlo!



Agradecimientos

Quiero agradecer al Centro de Orientación para Escritores de Libros Infantiles los consejos que me dieron para darle forma al argumento desde el primer instante. También quiero darle las gracias a mi buena amiga, Bridget Rendell, por sugerirme otras revisiones superútiles.

Gracias al ilustrador de la portada original, Damir Kundalic, y a Rachel Lawston, por ayudarnos a terminar el diseño actualizado de la portada en 2018.

Y, para terminar, gracias, Jessica y Tom, esta historia se ha inspirado en vuestros encantadores jardines comunitarios de la zona oeste de Londres.



El lago secreto

Karen Inglis

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: The Secret Lake

© del texto: Karen Inglis, 2011

© de la traducción: Auxiliadora Figueroa, 2023

© de las ilustraciones de interior y cubierta: Andrea Marquina, 2024

Publicado originalmente en 2011 por Well Said Press.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Destino Infantil & Juvenil

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28419-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia

www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



Libros infantiles

¡Síguenos en redes sociales!

